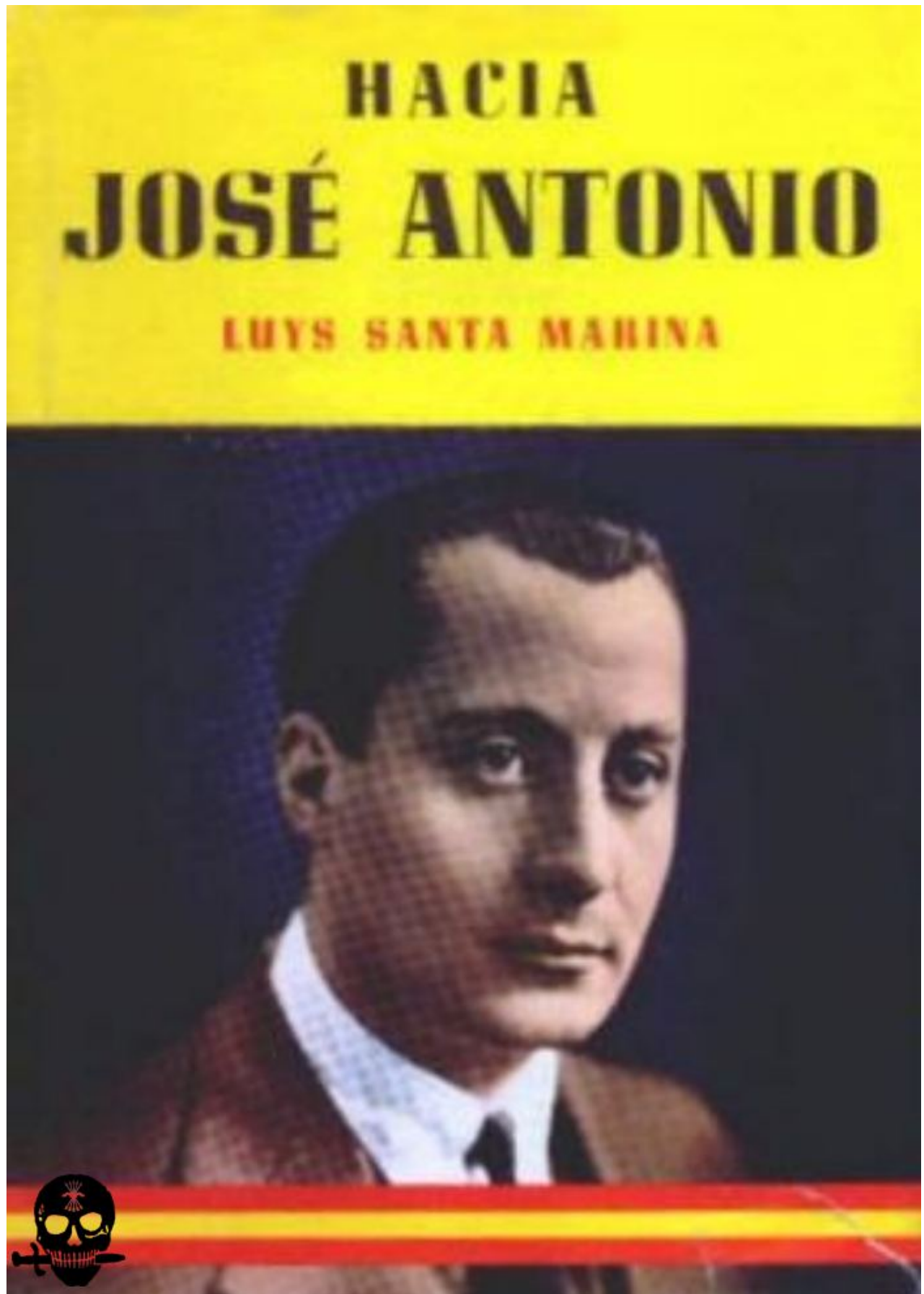




LUYA SANTA MARINA

HACIA JOSÉ ANTONIO

PRIMERA EDICIÓN

1958-Editorial AHR-Printed in Spain

Digitalizado por Triplecruz

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
DEDICATORIA	5
LA PATRIA QUE ENCONTRAMOS	6
I. Tedio, amargura y desesperanza.	6
II. La ancha y triste España.	8
III. Los denarios del publicarlo.	12
IV. LA ESPAÑA RECÓNDITA.	16
ÉL	19
LOS HOMBRES.....	22
Camaradas, viejos camaradas.....	22
Con estos hombres afrontó al Destino.....	24
Lo que él pensaba de nosotros.	31
MARGINALIA.....	34
Su clasicismo.....	34
Alma mater.....	35
Melancolía	37
«La Ballena», años después.	38
LA MUERTE.....	39
I. Premoniciones.	39
II. Proceso y testamento.....	41
III. Los adioses.....	43
IV. Versión poética.....	44
V. La trágica realidad.....	44
VI. La última orden.	48
EPÍLOGO	49
Llevando a José Antonio.....	49
CORONAS	50
I. Caídos.....	50
II. Banderas y corazones.....	50
III. El tenaz recuerdo.	51
ITINERARIO DE LOS ACTOS POLÍTICOS DE JOSÉ ANTONIO, POR LAS TIERRAS DE ESPAÑA.....	61
ABREVIATURAS Y NOTAS	61
ABREVIATURAS Y NOTAS	62
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	66



PRÓLOGO

Era nuestro propósito — el de Julián Pemartín y el mío — escribir una biografía más extensa y, si no definitiva, digna al menos de la figura y obra del Fundador.

La altura, amplitud y dificultad del tema, complicado todo ello con numerosas atenciones ineludibles y con nuestra separación geográfica, que nos impedía una colaboración intensa, iban demorando, bien a pesar nuestro, la realización del intento.

Ante lógicos apremios editoriales, hemos resuelto, de común acuerdo, anticipar estas páginas más, con la esperanza de poder ofrecerla más adelante, tal como en un principio pensábamos.

En lo que a mí se refiere, he de confesar que nunca un libro me costó tanto esfuerzo. Muchas cuartillas han quedado en el camino, más quizá de las ahora publicadas, y centenares de notas; estoy además descontento de mi trabajo, en que tantas lagunas han de hallarse.

Conocí a José Antonio al comenzar su gran empresa y para mí su vida entera fueron aquellos tres años, decisivos para nuestra España. Fue mi Jefe y como tal tengo que verle siempre.

He procurado ser breve y claro, apoyándome en textos suyos al exponer sus ideas, sin permitirme nunca interpretaciones personales. Para algunos pormenores muy eficaces en el empeño de perfilar su figura he preferido los testimonios más cercanos, en el tiempo, a su muerte.

He intercalado — como cualquier escritor de primer libro — versos entre la prosa, y hasta me permití un breve recuerdo personal— para mí emotivísimo — y un sueño o dechado de Alma Mater, apoyado en unas breves frases suyas.

Van como apéndice un índice cronológico y un mapa de sus ires y venires por las tierras de España, con la Falange en el corazón y en los labios.

Que perdone él mis errores desde los luceros, y mis cantaradas vean en este intento de etopeya tan sólo un acto de servicio, quizá el más difícil de mi vida falangista.

DEDICATORIA

Pensando en vosotros, camaradas de la primera hora perdidos por todas las tierras de España, dedico nuestra lucha al olvido. Lo importante es hacer las cosas, no quiénes las hicieron — ¡ no éramos vanilocos, ambiciosos de honras! —, por eso aquí sólo hallaréis su nombre; parafraseando un texto de la *Anábasis*, en que Jenofonte dice a Seutes, rey de Tracia, aludiendo a los diez mil griegos, sus compañeros de armas: «Porque primeramente bien sé que, después de Dios, ellos te pusieron en el estado en que estás, pues te hicieron rey de muchas tierras y señor de muchos vasallos» (1), podemos decir que, después de Dios, quien le hizo tal cual era, nosotros le hicimos, si no señor de tierras y vasallos, de un señorío mucho más firme y perdurable, contra el que el tiempo nada puede, pues está fuera de sus leyes y dominio.

Y éste es el orgullo— ¡ qué significa junto a él el propio nombre! —y la justificación de las vidas inmoladas en haz, o tantas veces felizmente desviadas de su cauce, en muchas

...la suave

tranquila paz de Minerva (2)

de los compañeros de José Antonio.

A lo largo de este intento de epopeya he creído reiteradamente que, para escribir con dignidad sobre él, eran las mejores sus palabras, y las de Shakespeare, Calderón, Manrique, los moralistas del mundo antiguo, nuestros místicos y algo del alma popular; ello explica la frecuencia de tales textos y aun de hermosas y eficaces palabras latinas

Y, finalmente, las hubiese querido mejores estas páginas, llenas a mi pesar de intercadencias, de altibajos; las hubiese querido claros espejos que reflejaran algo de él, muy suyo, de su recuerdo, resplandeciente ya en los mitos.

LA PATRIA QUE ENCONTRAMOS

I. Tedio, amargura y desesperanza.

¡ Cuan dolorosa y mísera la Patria que encontramos ! ¡ Quienes no vivieron aquellos años, no podrán concebirla siquiera!

«Gran parte de la tierra española, ancha, triste, seca, destartada, huesuda, como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura» (3).

Tierra triste, agonizante, «dormida sobre su gran historia» (4), pero nuestra:

«Este suelo nuestro, en que se pasa del verano al invierno sin otoño ni primavera; este suelo nuestro, con los montes sin árboles, con los pueblos sin agua ni jardines; este suelo inmenso, donde hay tanto por hacer y sobre el que se mueren de hambre setecientos mil parados y sus familias porque no se les da nada en que trabajar; este suelo nuestro, en el que es un conflicto que haya una cosecha buena de trigo, cuando, con ser el pan el único alimento, comen las gentes menos pan que en todo el occidente de Europa...» (5).

«Una Patria grande y poderosa antes, en ruina... Una Patria que no es ya ni un archivo de recuerdos... Destartada, venida a menos, inerte, en ruinas, con sus costas abiertas... deprimida, arrinconada...» (6). «Mediocre, entristecida, miserable y melancólica» (7), «melancólica, alicorta, triste» (8), donde «hay multitudes condenadas a arañar tierras estériles, que les dan cuatro semillas por una; de estas cuatro semillas todavía una es para la tierra y otra para el usurero» (9), una Patria «que ha perdido, estragada, el regusto antiguo de lo heroico» (10), con «no poca cochambre tradicional y mucha mediocridad tediosa» (11), «en medio de la venturosa chabacanería en que vegetamos» (12), que convertía en triste caricatura «esta cosa delicada y exacta que es España» (13), en un empeño absurdo de cortarle las alas. «En resumen: ruina espiritual y material» (14), con acompañamiento de «esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado» (15).

De ahí el «nosotros amamos a España porque no nos gusta» — aquella España, pienso, tampoco podía gustarse a sí misma—. Y aquí, remonta el vuelo, como tantas veces, con clarividencia ardiente:

«Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España» (16).

Y luego aquel amargo arranque, en las Cortes, evocando los dos camaradas sevillanos recién muertos, «en medio de la distracción criminal de casi todos, están, hombres humildes, en la primera línea de fuego, cayendo uno tras otro para defender esta España que acaso no merezca su sacrificio» (17).

Era «la España de los trágicos destinos, la que por vocación de águila imperial, no sirve para cotorra amaestrada de Parlamento» (18).

Pero nadie creía entonces — aunque se la sentía omnipresente — en esa España desesperada y trágica, la «que ruge imprecaciones en las paredes de los pueblos andaluces..., la de las hambres y las sequías, la que de cuando en cuando aligera en un relámpago de ferocidad embalses seculares de cólera» (19).

Y en aquel dismantelamiento total de la nave, yéndose al garete irremisiblemente, incapaz de tomar un rumbo claro y digno, se alzó su voz, despreciando los consabidos oropeles patriotería y sin acceder jamás a rebajar ni estilo ni lenguaje «al gusto zafio y triste de lo que nos

rodea», porque «lo que queremos es justamente lo contrario: hacer por las buenas o por las malas una España distinta a la de ahora, una España sin la roña y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil» (20).

Casi imposible parecía tal empeño, pero «nosotros creemos en el milagro» (21), decía; sólo ya emplear este lenguaje era entonces, entre groseras burlas o silencio hosco, turbado y lleno de amenazas, para todos menos para nosotros, el mayor de los dislates.

Menos para nosotros, que, por tan desusados caminos, íbamos

*en busca de nuestra patria,
que su perdida grandeza,
aunque pasó como sueño,
como verdad atormenta* (22).

porque algo les queda a los pueblos que florecieron en imperio, aunque sólo sea la levadura de un puñado de hombres, que aceptan la herencia

*no tanto del reino, cuanto
del dolor de su tragedia.*

Claramente lo vio, como tantas otras cosas, en atisbos geniales. Cuando en su campaña electoral por los pueblos serranos andaluces, quizá se dio cuenta por primera vez del dolor de aquellos hombres que le oían callados, sin comprenderle — era imposible, dado el abandono moral y material en que vivían — y sintió el auténtico dolor de España. Fue un choque en la sensibilidad, puro romanticismo, noble romanticismo, pues a fin de cuentas — ya se ha dicho — somos unos románticos que se pasan la vida hablando mal del romanticismo, sobre todo en esta tierra de Don Quijote.

La primera impresión fue, sin duda, así: ante todo, remediar la sangrante, secular injusticia, quizás más por pereza e ignorancia de los altos que por egoísmo y maldad. Pero, en seguida, surgió su concepción serena, inteligente, mas impregnada de pasión: ir sin miedo y sin titubeos al remedio: «nosotros iremos a esos campos y a esos pueblos de España para convertir en impulso su desesperación» (24). A mal destino, corazón ancho. Y mente clara.

Esto en cuanto a los desesperados, a los que tenían hambre y sed de justicia y por ello se desentendían de la Patria madrastra, aunque le tiraran piedras, como en Prado del Rey; con los otros, con los poderosos insensatos que la querían deshacer en trozos, cual cadáver anónimo en mesa de disección, fue más duro, en su correcta ironía, vestida de la forma impecable y poética de «La gaita y la lira»: pospuso su patriotismo al de las plantas, más apegadas aún al terruño nativo, o les dijo — como a los vanitontos de Euzkadi — que el Dios de las batallas y las navegaciones les castigaría por romper con su nación, España, a no ser nunca nación, a no tener destino en la Historia, condenándoles «a labrar el terruño corto de horizontes, y acaso a atar sus redes en otras Tierras Nuevas, sin darse cuenta de que descubrían mundos» (25), cual le ocurrió al legendario Juan de Echaide, casi un siglo antes de que Colón — almirante de la España una — partiese a su gran aventura.

Pero nosotros creíamos en el milagro, creíamos en la España eterna — clara, exacta y hermosa — que palpitaba bajo el revoque de vulgaridad y pazguatería con que entre todos la cubrieron; nosotros queríamos «volver a ordenar a España desde las estrellas» (26), la presentábamos ya en su avance «con la cabeza metida en lo eterno y con los pies calzando el brío de toda una juventud segura de sus pisadas» (27).

Ruta difícil la escogida, ya lo sabíamos, pero hermosa, con la frescura de peligro y la muerte, a tono con nuestra ilusión apasionada de despertar y traer de nuevo a la vida la

auténtica España que amábamos sobre todas las cosas, «donde vivían los españoles mejor y eran más libres y más felices» (28).

Por ella no era mucho morir, pues «la vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande». Y la inmediata nota alegre, heroica, consustancial con la Falange: «Si morimos y nos sepultan en esta tierra madre de España, ya queda en vosotros la semilla, y pronto nuestros huesos secos se sacudirán de alegría y harán nacer flores sobre nuestras tumbas, cuando el paso resuelto de nuestras Falanges nutridas nos traigan el buen anuncio de que otra vez tenemos a España» (29).

II. La ancha y triste España.

Sueños, sueños de despiertos. Siglos y siglos diciendo la fértil, la opima, la ubérrima, la felicísima España... Sueños, sueños de despiertos. Junto a unas pocas zonas cultivables, páramos, tierras estériles, quemadas por una sequedad bíblica, montes pelados. Y los ditirambos, pura palabrería, *foolish paradise*, paraíso de los tontos.

«El Estado nuevo tendrá que reorganizar, con criterio de unidad, el campo español. No toda España es habitable; hay que devolver al desierto, y sobre todo al bosque, muchas tierras que sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riego, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato; y de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales. Ésta será la verdadera vuelta a la Naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de la geórgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra» (30).

«La vida rural española es absolutamente intolerable. Prefiero no hacer ningún párrafo; os voy a contar dos hechos escuetos. Ayer he estado en la provincia de Sevilla; en la provincia de Sevilla hay un pueblo que se llama Vadolatosa; en este sitio salen a las tres de la madrugada las mujeres para recoger los garbanzos; terminan la tarea al mediodía, después de una jornada de nueve horas, que no puede prolongarse por razones técnicas, y a estas mujeres se les paga una peseta.

»Otro caso de otro estilo. En la provincia de Ávila hay un pueblo que se llama Narros del Puerto. Este pueblo pertenece a una señora que lo compró en algo así como ochenta mil pesetas. Debió de tratarse de algún coto redondo de antigua propiedad señorial. Aquella señora es propietaria de cada centímetro cuadrado del suelo; de manera que la iglesia, el cementerio, la escuela, las casas de todos los que viven en el pueblo están, parece, edificadas sobre terrenos de la señora. Por consiguiente, ni un solo vecino tiene derecho a colocar los pies sobre la parte de tierra necesaria para sustentarle, si no es por una concesión de esta señora propietaria. Esta señora tiene arrendadas todas las casas a los vecinos que las pueblan, y en el contrato de arrendamiento, que tiene un número infinito de cláusulas, y del que tengo copia, que puedo entregar a las Cortes, se establecen, no ya todas las causas de desahucio que incluye el Código Civil, no ya todas las causas de desahucio que haya podido imaginarse, sino incluso motivos de desahucio por razones como ésta: «La dueña podrá desahuciar a los colonos que fuesen mal hablados.» Es decir, que ya no sólo entran en vigor todas aquellas razones de tipo económico que funcionan en el régimen de arrendamientos, sino que la propietaria de este término, donde nadie puede vivir y de donde ser desahuciado equivale a tener que lanzarse a emigrar por los campos, porque no hay decímetro cuadrado de tierra que no pertenezca a la señora, se instituye en tutora de todos los vecinos, con esas facultades extraordinarias, facultades extraordinarias que yo dudo mucho de que existieran cuando regía un sistema señorial de la propiedad.

»Pues bien: esto, que en una excursión de cien kilómetros se encuentra repetido por todas

las tierras de España, nos convence, creo yo que nos convence a todos, de que en España se necesita una Reforma agraria. Ahora entiendo que, evidentemente, la Reforma agraria es algo más extenso que ir a la parcelación, a la división de los latifundios, a la agregación de los minifundios. La Reforma agraria es una cosa mucho más grande, mucho más ambiciosa, mucho más completa; es una empresa atrayente y magnífica, que probablemente sólo se puede realizar en coyunturas revolucionarias...

»La Reforma agraria española ha de tener dos partes, y si no, no será más que un remedio parcial, y probablemente un empeoramiento de las cosas. En primer lugar, exige una reorganización económica del suelo español. El suelo español no es todo habitable, ni muchísimo menos; el suelo español no es todo cultivable. Hay territorios inmensos del suelo español donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres, ni los hijos, ni los nietos se verán redimidos nunca. Hay tierras absolutamente pobres, en las que el esfuerzo ininterrumpido de generación tras generación no puede sacar más que cuatro o cinco semillas por una. El tener clavados en esas tierras a los habitantes de España es condenarlos para siempre a una miseria que se extenderá a sus descendientes hasta la décima generación.

»Hay que empezar en España por designar cuáles son las áreas habitables del territorio nacional. Estas áreas habitables constituyen una parte que tal vez no exceda de la cuarta de ese territorio; y dentro de estas áreas habitables hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios ni de minifundios; es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios donde el latifundio es indispensable — el latifundio, no el latifundista, que éste es otra cosa —, porque sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno. Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa. De manera que la segunda operación, después de determinar el área habitable y cultivable de España, consiste, dentro de esa área, en establecer cuáles son las unidades económicas de cultivo. Y establecidas el área habitable y cultivable y la unidad económica de cultivo, hay que instalar resueltamente a la población de España sobre esa área habitable y cultivable; hay que instalarla resueltamente, y hay que instalarla — ya está aquí la palabra, que digo sin el menor deje demagógico, sino por la razón técnica que vais a escuchar en seguida — revolucionariamente. Hay que hacerlo revolucionariamente porque, sin duda, queramos o no queramos, la propiedad territorial, el derecho de propiedad sobre la tierra, sufre en este momento ante la conciencia jurídica de nuestra época una subestimación. Esto podrá dolernos o no dolemos, pero es un fenómeno que se produce, de tiempo en tiempo, ante toda suerte de títulos jurídicos. En este momento la conciencia jurídica del mundo no se inclina con el mismo respeto de hace cien años ante la propiedad territorial...

»En este instante, la que está sometida a esa subestimación jurídica ante la conciencia del mundo es la propiedad territorial, y cuando esto ocurre, queramos o no queramos, en el momento en que se opera con este título jurídico subestimado, hay que proceder a una amputación económica cuando se quiere cambiar de titular. Esto ha ocurrido en la Historia constantemente... Hay un ejemplo reciente... Nuestros mismos abuelos, y tal vez los padres de algunos de nosotros, tuvieron esclavos. Constituían un valor patrimonial. El que tenía esclavos, o los había comprado o se los habían adjudicado en la hijuela compensándolos con otros bienes adjudicados a los otros herederos. Sin embargo, hubo un instante en que la conciencia jurídica del mundo subestimó este valor, negó el respeto a este género de título jurídico y abolió la esclavitud, perjudicando patrimonialmente a aquellos que tenían esclavos, los cuales tuvieron que rendirse ante la existencia de un nuevo estado jurídico.

»Pero es que, además de este fundamento jurídico de la necesidad de operar la Reforma agraria revolucionariamente, hay un fundamento económico, que somos hipócritas si queremos ocultar. En este proyecto del señor ministro de Agricultura se dice que la propiedad será pagada a su precio justo de tasación, y se añade que no se podrán dedicar más de cincuenta millones de pesetas al año a estas operaciones de Reforma agraria. ¿Qué hace falta para reinstalar a la población española sobre el suelo español? ¿Ocho millones de hectáreas, diez millones de hectáreas? Pues esto, en números redondos, vale unos ocho mil millones de pesetas; a cincuenta millones al año, tardaremos ciento sesenta años en hacer la Reforma agraria. Si

decimos esto a los campesinos, tendrán razón para contestar que nos burlamos de ellos. No se pueden emplear ciento sesenta años para hacer la Reforma agraria; es preciso hacerla antes, más de prisa, urgentemente, apremian temen te, y por eso hay que hacerla, aunque el golpe los coja y sea un poco injusto, a los propietarios terratenientes actuales; hay que hacerla subestimando el valor económico, como se ha subestimado el valor jurídico.

»Vuestra revolución del año 31 pudo hacer y debió hacer todas estas cosas. Vuestra revolución, en vez de hacerlo pronto y en vez de hacerlo así, lo hizo a destiempo y lo hizo mal. Lo hizo con una ley de Reforma agraria que tiene, por lo menos, estos dos inconvenientes: un inconveniente, que en vez de querer buscar las unidades económicas de cultivo y adaptar a estas unidades económicas las formas más adecuadas de explotación, que serían, probablemente, la explotación familiar en el minifundio regable y la explotación sindical en el latifundio de secano — ya veis cómo estamos de acuerdo en que es necesario el latifundio, pero no el latifundista—, en vez de esto, la ley fue a quedarse en una situación interina de tipo colectivo, que no mejoraba la suerte humana del labrador y, en cambio, probablemente le encerraba para siempre en una burocracia pesada.

»Eso hicisteis, e hicisteis otra cosa: hicisteis aquello que da más argumentos a los enemigos de la ley Agraria del año 32: la expropiación sin indemnización de los grandes de España. No todos los grandes de España están tan faltos de servicios a la patria... Lo que era preciso haber escudriñado no es la condición genealógica, sino la licitud de los títulos, y por eso había en la ley un precepto que nadie puede reputar de injusto, que era el de los señoríos jurisdiccionales... Los señoríos jurisdiccionales, por una obra casi de prestidigitación jurídica, se transformaron en señoríos territoriales; es decir, trocaron su naturaleza de títulos de Derecho público en títulos de Derecho patrimonial. Naturalmente, esto no era respetable ; pero no era respetable en manos de los grandes de España, como no era respetable en otras manos cualesquiera. En cambio, fuisteis a tomar una designación genealógica y a fijaros en el nombre que tenían derecho a ostentar ciertas familias, e incluisteis junto a algunos que tenían viejos señoríos territoriales a algunos de creación reciente, a algunos que paradójicamente habían sido elevados a la grandeza de España precisamente por sus grandes dotes de cultivadores de fincas.

»No era buena, por estas cosas, la ley del 32; pero ésta que vosotros (*dirigiéndose a la Comisión*) traéis ahora no se ha traído jamás a ningún régimen; y si queréis repasar en vuestra memoria lo que hizo la Monarquía francesa restaurada después de la Revolución, veréis que no llegó, ni mucho menos, en sus proyectos reaccionarios, a lo que queréis llegar vosotros ahora, porque vosotros queréis borrar todos los efectos de la Reforma agraria y queréis establecer la norma fantástica de que se pague el precio exacto de las tierras, pero con todas esas características: justiprecio en juicio contradictorio, pago al contado, pago en metálico, y si no en metálico, en Deuda pública de la corriente..., no ya pagando el valor nominal de las fincas en valor nominal de títulos, sino al de cotización, lo cual equivale a otro aumento del veinte por ciento de sobreprecio, aproximadamente, y después con una facultad de disponer libremente de los títulos que se obtengan. Comprenderéis que así es un encanto hacer una ley de Reforma agraria; en cuanto se compre la totalidad del suelo español y se reparta, la ley es una delicia; pero esto termina en una de estas dos cosas: o la ley de Reforma agraria, como dije antes, es una burla que se aplaza por ciento sesenta años, porque se va haciendo por dosis de cincuenta millones, y entonces no sirve para nada, o de una vez se compra toda la tierra de España; y como la economía no admite milagros, el papel, que representa un valor que solamente habéis trasladado de unas manos a otras, deja de tener valor, a menos que hayáis descubierto la virtud de hacer con la economía el milagro divino de los panes y los peces... »Vosotros, que sois todavía los continuadores de una revolución..., habéis tenido que hacer frente a dos revoluciones, y no más que hoy nos habéis anunciado una tercera. Cuando está en perspectiva una tercera revolución, ¿creéis que va a detenerla, que es buena política la vuestra para detenerla haciendo la afirmación más terrible de arriscamiento quirritario que ha pasado jamás por ninguna Cámara del mundo? Hacedlo. Cuando venga la próxima revolución, ya lo recordaremos todos, y probablemente saldrán perdiendo los que tengan la culpa y los que no tengan la culpa...

»¿No es, en grandísima parte, culpa de que nuestros trigos cuesten a cuarenta y ocho,

cuarenta y nueve o cincuenta pesetas el quintal el que se dedique a producirlos tierras que nunca debieron dedicarse a eso? Pues si hay tierras feraces sin brazos que las cultiven y tierras dedicadas a cultivos absurdos, en una ambiciosa, profunda, total y fecunda Reforma agraria, habría que empezar por trazar el área cultivable y habitable de la Península española... Ésta es la primera operación. Y la segunda operación es la de instalar de nuevo sobre las tierras habitables y cultivables a la población española... Mediante una "revolución. Ahora bien: en esta palabra *revolución*, que es perfectamente congruente con mi posición nacionalsindicalista, que todos tenéis la amabilidad de conocer..., en este concepto de revolución, lo que yo envuelvo no es el goce de ver por las calles el espectáculo del motín, de oír el retemblar de las ametralladoras ni asistir al desmayo de las mujeres, no; yo no creo que ese espectáculo tenga especial atractivo para nadie; lo que envuelvo en el concepto de revolución..., es la reverencia que se tuvo a unas ciertas posiciones jurídicas; es decir, la actitud de respeto atenuado a unas ciertas posiciones jurídicas que hace cuarenta, cincuenta o sesenta años se estimaban intangibles...

»Pero una cosa es el empresario agricultor y otra el capitalista agrario. Éstas son funciones muy diversas en la economía agraria y en todas, como puede verse, sin necesidad de más razonamientos, con una sencillísima consideración. El gerente de una explotación grande aplica una cantidad de experiencias, de conocimientos, de dotes de organización, sin las cuales probablemente la explotación se resentiría; en tanto que si todos los capitalistas agrarios, que si todos los propietarios del campo se decidieran un día a inhibirse de su función, que consiste, lisa y llanamente, en cobrar los recibos, la economía del campo no se resentiría ni poco ni mucho; las tierras producirían exactamente lo mismo; esto es indudable.

»Pues bien: si todavía en esta revisión de valores jurídicos... no ha llegado la subestimación en grado tan fuerte al empresario agrícola, al gestor de explotaciones agrícolas, es indudable que por días va mereciendo menos reverencia ante el concepto jurídico de nuestro tiempo el simple capitalista del campo; es decir, aquel que por virtud de tener unos ciertos asientos en el Registro de la Propiedad puede exigir de sus contemporáneos, puede exigir de quien se encuentre respecto de él en una cierta relación de dependencia, una prestación periódica. Y éste era el sentido de la ley de Reforma agraria del año 32 y el sentido de todas las leyes de Reforma agraria, y esto es así por una razón simplicísima: porque es que esta función indispensable del gerente, esta función, que se retribuye y respeta, está condicionada, como todas las funciones humanas, por una limitación física, y si puede discutirse si el gerente es necesario en una explotación de quinientas, de seiscientas, de dos mil, de cuatro mil hectáreas, es evidente que nadie está dotado de tal capacidad de organización, de tal acervo de experiencias y de conocimientos como para ser gerente de ochenta, noventa, cien mil hectáreas en territorios distintos... Y como, queramos o no queramos, cada día será más indispensable cumplir una función en el mundo para que el mundo nos respete, el que no cumpla ninguna función, el que simplemente goce de una posición jurídica privilegiada, tendrá que resignarse, tendremos que resignarnos, cada uno en lo que nos toque, a experimentar una subestimación y a sufrir una merma en lo que pase de cierta medida en la cual podamos, evidentemente, cumplir una función económica; de ahí en adelante, el exceso ha de ser objeto de una depreciación considerable.

»Pero éste es el fundamento de la ley de Reforma agraria del 32 y de todas las leyes de Reforma agraria. Esto es lo que traía a la Cámara, con una cierta ingenuidad, en el supuesto de que se pretendía reformar una ley defectuosa de Reforma agraria para hacer otra; es decir, creyendo que en el ánimo de la Cámara flotaba como primera decisión la de llevar a cabo una Reforma agraria. Hoy me he convencido de que no... No se trata, ni en poco ni en mucho, de hacer una Reforma agraria. Este proyecto que estamos discutiendo, en medio de todo su farrago, de toda su abundancia, de todo su casuismo, no envuelve más ni menos que un caso en que se permite al Estado la expropiación forzosa por causas de utilidad social. ¡Para este viaje no se necesitaban alforjas! Porque la declaración de utilidad pública... es incluso una de las facultades discrecionales de la Administración, una de las facultades contra las cuales no se da el recurso contencioso-administrativo; de manera que, realmente, con que para cada finca de estas que se van a incluir se hubiera dictado una disposición que la declarara de utilidad pública en cuanto al derecho a expropiarla, estábamos al otro lado y nos hubiéramos ahorrado todos los discursos.

»Ésta no es una Reforma agraria: es la anulación de toda Reforma agraria, y su sustitución por un caso más privilegiado que ninguno de expropiación forzosa por causa de utilidad pública o social; un caso especial de expropiación, en que va a retribuirse al expropiado sin consideración alguna a si la finca que se expropia sirve o no para la Reforma agraria, porque no ha sido precedida de ninguna suerte de catálogo o de clasificación respecto a si era expropiable, cultivable o habitable.

»Éste era el problema, y yo, a ver, después que tuvisteis la benevolencia de escucharme y el gusto de escuchar a los demás señores diputados que hablaron en este mismo sentido, después que nos escuchasteis y nos felicitasteis en los pasillos con una efusión que no olvidaremos nunca, creí que nuestras razones os habían hecho algún efecto. Esta tarde he comprobado que no ha sido así... Y después, el espectáculo de vuestras risotadas, de vuestros gritos y de vuestras interrupciones demuestra que no tenéis en poco ni en mucho la intención de hacernos caso a los que venimos con estas consideraciones prudentes.

»Haced lo que os plazca, como ayer os dije. Si queréis anular la ley de Reforma agraria, hacedlo bajo vuestra responsabilidad. Y ateneos a las consecuencias» (31).

Naturalmente, aquellos cabecihueros, no le hicieron caso; más aún, sin haberle escuchado ni leído, llamáronle bolchevique, a lo que él contestó valientemente que:

«Bolchevique es todo el que aspira a lograr ventajas materiales para sí y para los suyos, caiga lo que caiga», y

«Los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, lo que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo, éstos, intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolcheviquismo de espantoso refinamiento: el bolcheviquismo de los privilegiados» (32).

Así habló José Antonio en las Cortes el 23 y 24 de julio de 1935; un año después se enseñoreaba el terror en la ancha y triste España, tierra mal repartida, tierra de pocos amos... Pero la tragedia es que él murió, y ellos viven.

(Mucho pedirles es que lean y piensen, pero, si por un milagro lo hicieran, quizá el latifundio visigodo y la Reforma agraria musulmana les explicasen se tardara siete siglos largos en reconquistar lo que conquistara en siete años un puñado de jinetes berberiscos. Siete siglos largos, cientos de miles de muertos, y el esfuerzo de alzar millares de castillos en las tierras de España.)

III. Los denarios del publicarlo.

El raquítrico capitalismo español, tan ducho en logros y ruines tratos, que piensa ser lícitos, nunca tuvo sus simpatías, pues poseía todos los vicios del europeo, sin ninguna de sus escasas virtudes.

Por otra parte, su concepto de la propiedad era diáfano: una prolongación del individuo, una proyección de la personalidad sobre las cosas. Pero cuando se deshumanizaba, cuando se convertía en una cosa anónima, con reglamentos y encasillados inflexibles e incomprensivos, despertaba su espíritu crítico y, en un análisis implacable, dejaba al descubierto su alicorto egoísmo:

«La Sociedad anónima es la verdadera titular de un acervo de derechos, y hasta tal punto se ha deshumanizado, hasta tal punto le es indiferente ya el titular humano de esos derechos, que el que se intercambien los titulares de las acciones no varía en nada la organización jurídica, el funcionamiento de la Sociedad entera» (33).

Y también su cerril sentido reverencial de la riqueza, negador — por principio — del

hombre portador de valores eternos, verdad olvidada por los creadores del *ho-mus economicus*, desventurada entelequia que, gracias a Dios, nunca ha existido y menos en nuestra Patria, donde — a pesar de la economía — «cada español lleva a cuentas su alma para el cielo o para el infierno» (34).

Realmente no merecía mejor trato aquella baraja de usureros de pueblo, vulgares matatías, prestamistas a gallarín doblado, convertidos con los años y lo que lograron y malganaron, en endomingados accionistas y tragadividendos, y la pandilla de sus alá-teres, corredores de oreja, zurupetos, testaferros, zarracatines, hombres de paja y demás aprovechadillos, duchos en la cuenta de siete y tres son trece.



Ilustración 1. 1928



Ilustración 2. José Antonio con sus hermanas Pilar y Carmen.

Y luego las concomitancias con los politicastros que padecíamos. Se sucedían los agios y el logrear de toda índole contra el exhausto erario, sustentado con la miseria de la casi totalidad de los españoles. Y para mayor sarcasmo, todo esto respaldado por una reserva en oro de casi cinco mil millones de pesetas, una de las mayores de Europa. Podía aplicarse a nuestro pueblo lo que Humbolt dijo del Perú: un mendigo hambriento sentado en un banco de oro. Daba náuseas:

«Nadie supera nuestra ira y nuestro asco contra un orden social conservador del hambre de masas enormes y tolerante con la dorada ociosidad de unos pocos» (35).

Pues aquellos pardillos, salidos de lugarones destartados y polvorientos, habían ascendido, y tenían su sanhedrín en el *hall* de un *palace*, al que él llamaba pintorescamente «el patio de Monipodio».

Así íbamos, así pasaban los años sin hacer nada, cuando tanto había que hacer y sobraban medios para hacerlo.

«¿En España hay cosas para hacer y reconstruir suficientes para dar trabajo y vida a todos los españoles? Sabemos todos que sí; que están casi todas las cosas por hacer; que el 80 por 100 de los españoles vive en casas de malas condiciones; que nuestras tierras están sedientas, nuestros montes pelados, etc., y que la única manera de remediarlo es por medio del *trabajo*. Pero todos los partidos españoles, desde el socialista hasta los monárquicos, adoran al mito *oro* y sacrifican a este dios judío la suerte de los españoles y de España. Para terminar con el paro es preciso derribar este ídolo; tened la seguridad, camaradas, que el Estado nacionalsindicalista se apoyará en el trabajo, y a base del mismo crearemos la verdadera riqueza, el utillaje nacional, y que sólo entonces será España un pueblo de trabajadores alegres y entusiastas» (36).

E insistía:

«La propiedad no es el capital; el capital es un instrumento económico, como un instrumento, debe ponerse al servicio de la totalidad económica, no del bienestar personal de nadie» (37).

«Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua; no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en la superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas en los saltos de agua.

»Yo quisiera, de ahora para siempre, que nos entendiéramos acerca de las palabras. Cuando se habla del capital, no se hace alusión a la propiedad privada; estas dos cosas no sólo son distintas, sino que casi se podía decir que son contrapuestas. Precisamente uno de los efectos del capitalismo fue el aniquilar casi por entero la propiedad privada en sus formas tradicionales. Esto está suficientemente claro en el ánimo de todos, pero no estará de más que se le dediquen unas palabras de mayor esclarecimiento. El capitalismo es la transformación, más o menos rápida, de lo que es el vínculo directo del hombre con sus cosas en un instrumento técnico de ejercer el dominio. La propiedad antigua, la propiedad artesana, la propiedad del pequeño productor, del pequeño comerciante, es como una proyección del individuo sobre sus cosas. En tanto es propietario, en cuanto puede tener esas cosas, usarlas, gozarlas, cambiarlas, si queréis, casi en estas mismas palabras ha estado viviendo en las leyes romanas, durante siglos, el concepto de la propiedad; pero a medida que el capitalismo se perfecciona y se complica, fijaos en que va alejándose la relación del hombre con sus cosas y se va interponiendo una serie de instrumentos técnicos de dominar; y lo que era esta proyección directa, humana, elemental de relación entre un hombre y sus cosas, se complica; empiezan a introducirse signos que envuelven la representación de una relación de propiedad, pero signos que cada vez van sustituyendo mejor a la presencia viva del hombre; y cuando llega el capitalismo a sus últimos perfeccionamientos, el verdadero titular de la propiedad antigua ya no es un hombre, ya no es un conjunto de hombres, sino que es una abstracción representada por trozos de papel: así ocurre en lo que se llama la sociedad anónima...

»Pues bien: este gran capital, este capital técnico, este capital que llega a alcanzar dimensiones enormes, no sólo no tiene nada que ver, como os decía, con la propiedad en el sentido elemental y humano, sino que es su enemigo. Por eso, muchas veces, cuando yo veo como, por ejemplo, los patronos y los obreros llegan, en luchas encarnizadas, incluso a matarse por las calles, incluso a caer víctimas de atentados donde se expresa una crueldad sin arreglo posible, pienso que no saben los unos y los otros que son ciertamente protagonistas de una lucha económica, pero una lucha económica en la cual, aproximadamente, están los dos en el mismo bando; que quien ocupa el bando de enfrente, contra los patronos y contra los obreros, es el poder del capitalismo, la técnica del capitalismo financiero. Y si no, decídmelo vosotros, que tenéis mucha más experiencia que yo en estas cosas; cuantas veces habéis tenido que acudir a las grandes instituciones de crédito a solicitar un auxilio económico, sabéis muy bien qué interés os cobran: del 7 y el 8 por 100, y sabéis no menos bien que ese dinero que se os presta no es de la institución que os lo presta, sino que es de los que se lo tienen confiado, percibiendo el 1,5 o el 2 por 100 de intereses; y esta enorme diferencia que se os cobra por pasar el dinero de mano a mano gravita juntamente sobre vosotros y sobre vuestros obreros, que tal vez os están esperando detrás de una esquina para mataros» (39).

E insiste, incansable, casi por última vez, en Santander el 26 de enero del 36 :

«El capitalismo es una armadura que incorpora los factores de la propiedad a la dominación financiera.

»Ved, como ejemplo, lo que ocurre con un negocio de leche donde se aúnan los esfuerzos de miles de modestos campesinos que quieren constituir una Cooperativa para obtener directamente los beneficios, y cuando comienzan a lograrse éstos, una gran empresa extranjera, que tiene grandes negocios en medio mundo y a la que no le importa nada perder varios millones de pesetas, rebaja el precio unos céntimos y arruina por entero a una provincia como ésta» (40).

Y en Sanlúcar de Barrameda, el 8 de febrero :

«Lo que padecemos en España es la crisis del capitalismo, pero no de lo que vulgarmente se entiende por tal, sino el capitalismo de las grandes Empresas, de las grandes Compañías, de la alta Banca, que absorbe la economía nacional, arruinando al pequeño labrador, al pequeño industrial, al modesto negociante, con beneficio y lucro de los consejeros, de los accionistas, cuentacorrentistas y demás participantes; es decir, de los que no trabajan, pero que se benefician del trabajo de los demás.

»El trabajo lo tenemos bien elocuente en Sanlúcar con el cultivo de la vid.

»Antes todos eran pequeños propietarios que labraban sus viñas con cuidadoso esmero para obtener los mejores caldos, que luego eran codiciados y solicitados por sus excelentes calidades. Era una célula humana donde todos vivían patriarcalmente en sus hogares felices. Vino el capitalismo absorbente con sus grandes Empresas. Ya no se escogen los buenos caldos. Ya se compran las grandes partidas de miles de hectolitros, sin mirar la procedencia y con el único fin de las grandes ganancias.

»Y viene la obligada consecuencia de la ruina de los pequeños propietarios, hasta convertirlos en pobre obrero y pobre asalariado, alquilado como bestia de carga.

»Así es que el capitalismo no sólo no es la propiedad privada, sino todo lo contrario.

Cuanto más adelanta el capitalismo, menos propietarios hay, porque ahoga a los pequeños» (41).

Y como fondo de esta picaresca y este egoísmo inconsciente, los setecientos mil parados que entonces había en España, «setecientos mil parados cuya vida física es un puro milagro todas las mañanas» (42), y cuyo trágico destino querían resolver aquellas Cortes del año 35 con cien millones de pesetas, para obras públicas, y de ellos había cuatrocientos mil obreros agrícolas — más de la mitad — a los que no llegaría una sola peseta.

Razón tenía José Antonio al decirles a los tontilocos políticos de entonces:

«Pero ya me darán la razón cuando unos y otros nos encontremos en el otro mundo, adonde entraremos en masa, al resplandor de los incendios, si nos empeñamos en sostener un orden injusto forrado en carteles electorales» (43).

Y se obstinaron, y vino lo que vino. Pero ellos están vivos, y él murió.

IV. La España recóndita.

Con tal caudal de ilusión, bastaba el contacto con la realidad auténtica — anchos campos, hombres enterizos — para que aflorara la pasión que todos sentíamos dolorosamente, y él — el primero en sentirla — la exponía en hermosos y viriles conceptos, pues bien sabía que, a pesar de los pesares, junto a esa España desolada, malbaratada en lo físico y en lo moral, en la que unos iban corroyendo, con tenacidad de gusano, cuanto de heroico y generoso nos legara el alma del pasado, y los otros lo sustituían — o intentaban sustituirlo — por vocingleríasseudopatrióticas, olvidado, desdeñado, desfigurado y siempre desconocido el pueblo, la brava *gens hispana*, entristecida, empobrecida, sumida en la ignorancia y en el desamparo, gente en que siglos y siglos de heroísmos y generosidades cotidianas, culminadas en soles de imperio, dejó un señorío innato, una serena sobriedad, una actitud seria e hidalga ante la vida, patente bajo sus harapos, y que José Antonio captó desde el primer momento.

«Y así, nosotros hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esta España maravillosa, esos pueblos en donde todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tiene un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior, pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en el triunfo de los pámpanos y los trigos. Cuando recorríamos esas tierras y veíamos a esas gentes, y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid, desterrado en Burgos:

»¡Dios, qué buen vasallo, si oviera buen señor!» (44).

Como antes en su campaña electoral, en la sierra de Grazalema:

«Pues cuando nosotros, los candidatos, nos vemos frente a eso, que ya no es lo que se llama España, porque España no es la reunión deshecha de tantos elementos dispares, sino que es el conjunto gracioso y armonioso de todos ellos; al encontrarnos esto, que ya es otra cosa, nosotros, los candidatos, medimos nuestras fuerzas y no nos atrevemos a ofrecer mucho. Pero aunque nos hayan deshecho a esa España desde las disueltas Cortes de Madrid, todos sabemos que existe otra. Yo la he visto en un repliegue de la Sierra. Ayer estuvimos en Benaoz, pueblecito que se aloja como un nido en un hueco de las peñas, cerca de Grazalema. Nos hicieron hablar. Se acordaron de que éramos candidatos y nos hicieron hablar. Hablamos encima de una mesa, bajo un techo de cañas con las vigas al aire, ennegrecidas por el humo. Nos rodeaban unos hombres y unas mujeres con el rostro curtido; unos hombres que, como sus padres, como sus abuelos y como sus tatarabuelos, venían cuidando sus ganados, venían labrando su terruño. Así eran, seguramente, como esos hombres, los porquerizos que al principio del siglo XVI se fueron a conquistar un continente. Junto a esos hombres estaban las mujeres; las mujeres suyas, con unos ojos tan negros, tan profundos, tan encendidos, que parecían prometer otros mil años, otros mil siglos de vitalidad. Pues bien; cerca de aquellas gentes que no sabían de política, que difícilmente entienden lo que son las candidaturas, que viven de una manera genuina, como se vivía desde mucho antes que existieran las ciudades, entre esas gentes noté que estaba viva España, que toda esta obra de la Constitución que padecemos y de los Gobiernos que nos han gobernado es una cosa provisional. Tenemos todavía nuestra España, y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos, España está ahí, y un día encontraremos a España, y entonces tal vez no nos oigan hablar de estas cosas» (45).

Es decir de Cortes al servicio de ruines intereses y de una Constitución que descuartizaba a España a filo de Estatutos, artificiales y traidores.

Y seguía contrastando su alma con las tierras sagradas de la Patria:

«Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartados de ellos. Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regateados en asambleas, sino que es la tierra; la tierra como depositaría de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso de la vida, el hablar y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes.

»Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto.

»El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos, verdosos de frondas terrenas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que aspirar siempre a ser Imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca; Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en donde concluye, tal vez porque no concluye, ni a lo ancho ni a lo alto. Así Castilla, esa tierra esmaltada de nombres maravillosos — Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres —, esta tierra de Cancillería, de ferias y castillos, es decir, de Justicia, Milicia y Comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia» (46).

Esto en Valladolid, y en la dorada Salamanca, «esta magnífica Salamanca, capaz de conservar siempre un señorial y áspero decoro, cuyas dos notas características son las que nosotros deseamos para España: la firmeza del estilo y el sentido imperial en la conducta» (47); y en Campo de Criptana: «Vosotros sois la verdadera España: la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre antepasados y descendientes. De vosotros salieron también duros, callados y sufridos, los que hicieron el Imperio de España» (48), y en Cáceres «esta tierra entrañable de Extremadura, labradora, conquistadora y doliente, fértil en vanguardias de camisas azules» (49), y entre los camaradas de Málaga: «Sentados, cobijados bajo el árbol, en ese ambiente de intimidad, yo dejaría vagar mi pensamiento y tal vez cruzara por mi mente el recuerdo de los conquistadores de América, que eran menos, muchos menos que nosotros. Así arribaron a las

tierras vírgenes de América, sin que en ella hubiera un solo hombre blanco, y en lo alto de alguna cordillera, con el disco lunar sobre sus cabezas y la extensión infinita de las Pampas por horizonte,, comenzaron a fundar los cimientos de la futura gloria dorada de un ancho imperio» (50), y en la tradicional y pausada Cataluña, «pueblo impregnado de un sentimiento poético, no sólo en sus manifestaciones típicamente artísticas, como son las canciones antiguas y como es la liturgia de las sardanas, sino aun en su vida burguesa más vulgar, hasta en la vida hereditaria de esas familias barcelonesas que transmiten de padres a hijos las pequeñas tiendas de las calles antiguas en los alrededores de la Plaza Real; no sólo viven con un sentido poético esas familias, sino que lo perciben conscientemente y van perpetuando una tradición de poesía gremial, familiar, maravillosamente fina» (51).

Y él, que adoraba las múltiples facetas de España, uníalas en su idea-eje de la misión nacional :

«La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico. Los pueblos en estado primitivo saben percibir casi vegetalmente las características de la tierra. Los pueblos, cuando superan este estado primitivo, saben ya que lo que los configura no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos» (52).

Mas, a pesar de todas las exaltaciones — cuando con él entreveíamos atisbos que nos hacían intuir la eterna y recóndita vitalidad de España — la trágica realidad se nos echaba encima, con su manto de tedio y de desesperanza, cual en el amargo soneto en que Quevedo vertió toda su angustia, dos años antes de morir (1643), cuando España se deshacía:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,*

por la fatiga de los años; la antigua, noble casa, ya despojos; el báculo más corvo y menos fuerte; la espada vencida por la edad...

Y contra tal complejo de pesares, tan sólo nuestro corazón.

(Todas estas ideas, que es doloroso reducir a esquema, por tan claras y llenas de belleza, son admirables, pero creo se debe insistir siempre en que lo grande de José Antonio fue vivir apasionadamente sus concepciones ideológicas, siguiendo a nuestro Patrón Santiago, en que la fe sin obras es fe muerta.)

De no haber sido así, hubiese quedado como un perfecto escritor político nada más. Por ejemplo, su concepto de la Patria como una unidad de destino en lo universal, aceptado hoy, puede decirse, por todos, fue enunciado casi con idénticas palabras por Valera, refiriéndose a Portugal y España (53), y allí quedó perdido en un prólogo que ni los eruditos recuerdan, como la divisa jonsista de Ramiro Ledesma, por la Patria, el pan y la justicia, publicada por Mariano de Cavia en cualquier periódico de los primeros años de este siglo, fue a parar sin pena ni gloria a un tomo de recopilación de artículos.

ÉL

Contra toda lógica humana, con el fluir del tiempo, que de días hace años casi sin sentir, José Antonio se enraiza más y más en nosotros y su figura se agiganta, presente cada vez más en nuestra vida, actual, eterno, vencedor del tiempo, con el que luchamos a brazo partido, no por nosotros, que nada importamos, sino para profundizar, para ahondar su huella en el alma de España antes de que vayamos a reunirnos con él, otra vez bajo sus banderas.

Por eso me parecen ociosas tantas y tantas lucubraciones y glosas sobre lo que dijo e hizo. Para mí está bien claro y creí siempre superior su ejemplo a sus palabras. Es una manera de ser su Falange y la nuestra. Una manera de ser que nos ensanchó el corazón a escala de la España grande y eterna, para que en emulación de grandezas, generosidades y heroísmos pudiéramos caber en ella y ella holgadamente en nosotros.

¿Para qué más? Encarnar esta concepción de la Patria en leyes, en reglamentos, en obras materiales y tangibles, es cosa de mero estudio y reflexión, accesible siempre a una inteligencia despierta. Pero lo fundamental es el espíritu que informó y forjó a la Falange, y éste hay que conservarle y defenderle contra todo, contra la conveniencia, contra el oportunismo, contra la mentira y contra la verdad aparente, sólo aparente, que es el enemigo más peligroso.

Como ya se ha dicho, éste no es un Movimiento circunstancial, sino de siglos, y es de siglos porque José Antonio supo encarnar en él la vera alma de España, y por eso levantó en vilo lo mejor de la juventud española, la acostumbrada — por raza, por atavismo quizá— a lanzar el corazón por delante en cada empresa, sea chica o grande, pues en todo está Dios.

Por eso me sobran los escoliastas y bachillerejos y mucho más los innovadores y re-listos que creen que con el caldo de su ruin sesera van a enseñarnos nada nuevo a los que vimos la verdad de cerca y supimos seguirla cuando todos — o casi todos — dudaban o negaban, ¡ Pobres infelices !, con bachillerías, distingos ni sutilezas jamás ningún país salió adelante, y mucho menos nuestra España, plantel de héroes y santos.

Por eso José Antonio se arraiga más y más en nuestros corazones, tierra—al fin— de España, y no vencen su memoria ni el tiempo ni tantos Sansonillos Carrasquillos, tantos «hombrecitos inteligentes» que andan por ahí, a quienes les da náuseas el recordar nuestra guerra, que no vivieron y cuyos beneficios disfrutaban.

Sus treinta primeros años — ahora lo vemos muy claro a los cuatro lustros largos de su muerte — fueron una preparación, un agrupar experiencias vitales, un captar con la sensibilidad tensa, la vibración dispersa y angustiada del alma española. Parece sueño y es realidad sin embargo, se vive la vida cotidiana, aparentemente sin destino ulterior, como cosa inmediata, anodina muchas veces, pero cuando una vida ha de consagrarse a misión alta, todo, sin darnos cuenta, va dirigido hacia ella, se encamina a ese fin, bien en acciones que trascienden al mundo exterior —al mundo que nos cerca — bien en otras que permanecen ocultas, pero que, a golpes de vida, labran el carácter, la personalidad que ha de intervenir, cuando el reloj del tiempo lo señale, en amplios círculos de vidas humanas.

...Le llamábamos siempre así, a la romana. Después de él usarlos, no había nadie que llevara sus sencillos, casi familiares nombres, ya sublimados. Sin apellidos, sin títulos, como los viejos cónsules y los emperadores hechos en las legiones: Fabio Máximo, Pablo Emilio, Publio Cornelio, Cecilio Mételo. Era él, nadie más; no podía ser otro.

...Porque *mil chevalier sans prouesse*, según el viejo dicho; se ganó el nombre que le dimos a fuerza de hacer usual -lo extraordinario. Se repitió una vez más la historia, como en los días áureos de la gran conquista de Ultramar. Oigamos a Bernal Díaz del Castillo :

«E puesto que fue tan valeroso y esforzado y venturoso capitán, no le nombraré de aquí adelante ninguno de estos sobrenombres de valeroso, ni esforzado, ni marqués del Valle, sino solamente Hernando Cortés, porque tan tenido y acatado fue en tanta estima el nombre de solamente Cortés, así en todas las Indias como en España, como fue nombrado el nombre de

Alejandro en Macedonia, y entre los romanos Julio César y Pompeyo y Escipión, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla a Gonzalo Hernández, «el Gran Capitán», y el mismo valeroso Cortés se holgaba que no le pusiesen aquellos sublimados ditados, sino solamente su nombre.»

Los pasados diéronle buena sangre, nosotros el nombre imperial, al uso de la antigua gente.

La buena sangre, y lo que es mejor, su proyección, unas breves y férreas normas para guiarse sin dudar por la vida: el valor y la generosidad, es decir, la hidalguía. «Haz lo que debes y venga lo que venga.»

De ahí se deduce todo: el culto al honor y a la palabra dada, la ayuda al débil, el escoger siempre el puesto más difícil y peligroso, la ausencia de ambición o mejor aún, convertirla en voluntad de servicio. «No hay nada más bello que servir» (54).

Esto creo es la buena sangre que, a mi entender, ayuda mucho a seguir sin esfuerzo esta ruta, que fue la nuestra cuando emprendimos aquel «afán agrícolico de la Falange» (55).

Ya lo dijo, como un reto, en el discurso fundacional, aquellos días chatos, borrosos, anodinos, donde toda idea gallarda era casi incomprensible, y un conspicuo afirmaba: «cada tiempo tiene sus héroes y los soporta lo mejor que puede».

«Sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar porque a muchos de nuestras clases se les impongan sacrificios duros y justos, y venimos a luchar porque un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes. Y así somos, porque así lo fueron siempre en la Historia los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdadera de señores, porque en tierras lejanas, y en nuestra Patria misma, supieron arrostrar la muerte y cargar con las misiones más duras, por aquello que precisamente, como a tales señoritos, no les importaba nada» (56).

Y dos años después — 31 de julio 1935 — insistía, contestando a quienes le llamaban bolchevique, por sus palabras en las Cortes, sobre la reforma agraria:

«Bolchevique es todo el que aspira a lograr ventajas materiales para sí y para los suyos, caiga lo que caiga; antibolchevique, el que está dispuesto a privarse de goces materiales para sostener valores de calidad espiritual. Los viejos nobles, que por la Religión, por la Patria y por el Rey comprometían vidas y haciendas, eran la negación del bolchevismo. Los que hoy, ante un sistema capitalista que cruje, sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo, sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolchevismo... En cambio, los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre del pueblo — *¡as personas que cuidan sus sentidos con tanto mimo como sus almas*, que decía Chesterton (57) —, esos intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolchevismo de espantoso refinamiento: el bolchevismo de los privilegiados» (58). Los aristócratas de siempre, los deshonorables que degeneran de sus mayores. [«El caballero que rubrica su ejecutoria con sangre de pobres en usuras, de verdad que no es hidalgo» (59).]

Y así, carialzado, con la cara levantada, no engreído, sino mirando al cielo, pudo decir en las Cortes (3 de julio de 1934) a un corifeo socialista, con voz imperiosa y benévola :

«Sí, por ejemplo, fuera lo que suponen muchos correligionarios suyos, de fuera del Parlamento, si fuera un defensor acérrimo, hasta por la violencia, de un orden social existente, me habría ahorrado la molestia de salir a la calle, porque me ha correspondido la suerte de estar inserto en uno de los mejores puestos de este orden social; con que yo hubiese confiado en la defensa de ese orden social por numerosos partidos conservadores..., partidos conservadores que hay en todas partes; estos partidos conservadores, por mal que les fuese, me asegurarían los veinticinco o treinta años de tranquilidad que necesito para trasladarme al otro mundo disfrutando todas las ventajas de la organización social presente» (60).

Pero tenía buena sangre — y la buena sangre no puede mentir, según el adagio — y la nobleza auténtica carece de egoísmo y pone por encima de todo la virtud más hidalga, la justicia.

Sabía que «nacer generosamente, es heredar; vivir gloriosamente, aqueso es ser», según Paravicino (61), y había alzado alegremente, poéticamente, la bandera de la Falange. Podía burlarse de «los señoritos viciosos de las milicias socialistas» (62) y presentir los Alféreces — lo» hidalguillos, los guzmanes—, «estos Alféreces que, sin haberle oído, y algunos de ellos sin haber leído siquiera sus discursos, piensan, viven y mueren como José Antonio hubiera querido que lo hicieran» (63), los Alféreces, nervio de nuestra guerra, de nuestra romántica guerra, en la que tan sólo los de la Academia de Granada, prendieron seiscientas estrellas de muertos — de Alféreces muertos — en el manto negro de la Virgen de las Angustias.

(Hay en la vida de los pueblos dos clases de tiempos, que sumariamente podríamos llamar de Atenas y de Esparta, de paz y de guerra, de frontera y de tierra segura. Conviene no confundirlos y, engañados por las apariencias, dar por terminada una fase sin estarlo, que en esta trágica comedia de equivocaciones, más vale creer sean tiempos de Esparta los de Atenas, que no de Atenas' los de Esparta; pero, desgraciadamente, suele suceder lo contrario, porque ironías, vaniloquios y vivir descuidadamente son más fáciles que ajustarse a la disciplina y a la dureza.

Tras una frontera férrea ha surgido, surge y surgirá la vida de los pueblos dignos. Un puñado de legiones romanas hizo posible la civilización latina; un puñado de tercios españoles salvó la civilización católica, y eran simplemente juventud en frontera, acaudillada por hombres duros que habían vencido a fuerza de alma el ritmo de las edades. Claro está que ni en Roma ni en Madrid faltaban quienes vivían a costa de ese viril esfuerzo y, por añadidura, se burlaban de su rudeza y buena fe; allá ellos con su vileza, ni aun desprecio merecen.

Y como el mundo no es una Arcadia, y la juventud quizá haya de ser frontera, como fuimos nosotros, eduquémosla de cara al heroísmo. No bastardeemos su alma con bachillerías ni tibiezas; todo cuanto ablande y destemple debe de ser alejado sin miramientos en su ideario, por si su destino fuese Esparta y no Atenas; no vayan a hallarse inermes física y, sobre todo, moralmente — como ocurrió en 1936 — cuando la hora de la prueba llegue, porque no siempre se realizan milagros.)

Recuerdo — todos los de entonces le recordamos, porque está omnipresente — su fino rostro, tirando al rubio desvaído de nuestros Austrias jóvenes; pálido, lunario como ellos, los ojos turquesados, que parecían pasar de claro a quien miraban, y perderse lejos, muy lejos; vaga sonrisa, perfil noble y sagaz que exigía laureles, porque los sentía ya nimbarle y ensombrecerle, frescos y amargos...

Figura tocada de misterio la suya — misterio a plena luz, séase—, viviendo entre nosotros y, sin embargo, con una tierra azul y desolada separándonos, tierra pálida y esquiva, sangrando adelfas, penando retamas, tierra opima quizá, pero no deleitosa.

Fuera de nosotros, estando entre nosotros, que nos sentíamos unidos a él, más que hermanos, en muerte y en vida; deseando todos añadir unas hojas de laurel a su corona.

...Y, sin embargo, siempre virgen de huellas nuestras la tierra azul y desolada <—«tierra de nadie» — que celaba su vida interior, su vida secreta.

LOS HOMBRES

Camaradas, viejos camaradas...

¡Los camaradas! Parece una palabra vacía, una moneda desgastada a fuerza de uso. Y sin embargo era una realidad, una fuente en el desierto del tedio. ¡Camarada! Y te encontrabas ante un hermano incógnito, que en la áspera carrera de la vida, iba, cargado con tu misma pesadumbre, al mismo fin, por caminos diversos y tortuosos, que tú no sospechabas. ¡Camarada! No era cosa de salarios ni toma y daca, ni producción ni relaciones económicas, ni Adam Smith ni los fisiócratas; era un hombre aislado en su tierra, mirando al enemigo, erguido en su torre albarrana. ¡Camarada! El hermano que en las calles y en los campos de España se dejaba los huesos a tu lado; los huesos y los restos de su vida — liquidación de amores, desengaños y alma — en un momento, en un tumbó de dados, salidos de un impaciente cubilete-Así íbamos por el mundo, por nuestra España, «sin otros amigos que nuestro valor y la muerte cercana» (64).

«Camarada» era la decadencia; antes, con Cortés y Pizarro, y el maestro de todos — Gonzalo de Córdoba—, eran «compañeros», y siguió en el gran siglo. Luego, quizá por amor a las causas perdidas, los de la primera hora, los dilectos de José Antonio decíamos «camarada». Ya el sol de España se ponía; ya teníamos el Santo — Santiago matamoros — de espaldas. Pero no importaba. Tenía que ser así. El lema de un viejo linaje de Peñas al Mar decía: «A más moros, más ganancia», cuantos más enemigos, más gloria.

¡ Camaradas! ¡ Y nos mandaba José Antonio! Han pasado veinte años largos de su muerte, de su estúpida muerte en Alicante, y su recuerdo sigue en pie: murió vivo y vive muerto. Quisieron anularle en la fosa común de un cementerio provinciano, y terminó en El Escorial, llevado a hombros por lo mejor de España. ¡Camarada! Allí está entre reyes y superior a reyes, con su nombre, sin apellidos, porque no los necesita,

— con la palma de oro que le dio nuestro Caudillo, el salvador de España — bajo su nombre escueto, a la romana, a lo imperial, único en su estirpe y en su tiempo. ¡ Cama-rada! Vendrán las nuevas primaveras con sus rosas y los otoños con sus veranillos, pero él no volverá, porque nunca se ha ido y está siempre, alentándonos, a nuestro lado.

¡Los camaradas de la primera hora! Compartían la misma suerte, la misma desesperada esperanza, el mismo hito lejano en el ensueño, la misma realidad áspera. Temple — sublime temple hacía falta para ello —, el temple que José Antonio nos dio día a día, convirtiendo nuestro amargo escepticismo en una actitud resuelta, alegre y combativa y una decisión inquebrantable de vender nuestras vidas al precio de desesperados, convencidos de que nada veríamos

— en este mundo — de nuestra egregia quimera. Algunos lo vimos en parte, en remedo : pasa siempre así en la vida.

Esto quise expresar, años ha, en «La canción de los viejos camaradas», ruda y violenta, mas sincera:

Del 33 al 47

*van catorce años, si cuento bien,
mucho ha llovido desde entonces,
mucho ha caído, mucho está en pie,
mucho ha caído como las hojas
que sirvieron cuando fue su vez...*

*Quizá justo sea,
pero sólo sé
que de cada cuatro
cayeron tres.*

*Eran locos, violentos,
algo perdularios, ¿y qué?,
ni temían ni debían
y todo lo afrontaban en pie,
mas cuando los irreprochables
— carrerita y mucho quinqué —
chaqueteaban y se escondían,
ellos se fueron con él,
y a fuerza de ir a la fuente
de cada cuatro cayeron tres.*

*Y los prudentes y los sensatos
cual siempretiosos quedaron en pie,
es lo de siempre, claro está,
pero esta vez
fue porque de cada cuatro
cayeron tres.*

*Los veo a veces, serios y amargos,
otras riendo, con o sin mujer,
pero en sus ojos — ojos de antaño —
veo no tienen nada que aprender
de esos listillos que lo saben todo
y esos caimanes que venir las ven,
porque palacios, templos y fabricas
— ellos lo saben, y bien —
se alzaron sobre los huesos
de esos tres, y otros tres, y otros tres.*

Camaradas de la primera hora, a veces, en los momentos de desánimo, cuando el desengaño y la pena nos martillean el corazón y el cerebro, cuando «la hora más silenciosa» llega a nuestra pobre alma tan traída y llevada, la sombría surata del Corán nos ronda, en círculos cada vez más estrechos:

«Todo en la guerra es engaño, como en la vida; sólo hay una verdad: los muertos.»

Sí, camaradas, quizá sea verdad, verdad amarga, pero por ellos y por él, por la España

que soñó — y con él soñamos —, hay que echar una vez más nuestra alma, nuestra pobre alma — o lo que queda de ella — adelante.

Con estos hombres afrontó al Destino...

Era de divino temple, electo para trágicos y fabulosos destinos. Una prudencia cana, tras la máscara juvenil, regía a su bondad, otoño pródigo de frutos y a su valor que «hacía palidecer a los relámpagos».

...Hacía palidecer a los relámpagos, y tan nos saboreó en el prodigio cotidiano, que el hábito de la fe nacido en la primera proeza, inclinó incontrastable nuestros entendimientos a creerle y seguirle, con mucha más firmeza y certidumbre que a lo visible y lo evidente.

...Otoño pródigo de frutos; tan bueno, tan generoso era que, sin saber cómo, hallamos ya robusto lo que los teólogos llaman el hábito de la caridad, inclinando nuestras voluntades a amarle sobre vivos y muertos; inaccesibles al desesperar y descreer, indiferentes a las dichas triviales y a las victorias logradas con lanzas de plata; tiritando bajo el huracán los huesos acerados.

...Prudencia cana tras la máscara juvenil, le permitió — lince de lazos y paranzas — entrañarse en la vida suprema de España, y arrojando adelante su alma hecha ascua, crear y encandilar un haz de hermanos, risueños ante la muerte, y presentársele *hostiado*, cargado de su ofrenda para el sacrificio: frenéticos leones ansiosos... Podía hacerlo, porque era de divino temple, electo para trágicos y míticos destinos.

Diéronle sus hombres — silentes casi todos ya — su cuerpo y su alma para dócil materia de sus sueños; y en su breve vida preñada de doctrina y proeza, dejó la garra del león en ellos: cinco caminos de sangre que se cruzan en un punto central antes de separarse, de dispersarse — cordial metamorfosis en mano abierta, en flechas de amor que hieren y no matan — rumbo al sol de los muertos (viejas glorias) y al futuro que yace en el regazo de los dioses.

Y, tras la estigmatización, quedaron convertidos en extraordinaria levadura de huesos y sangre, que robusteció el esqueleto de la Patria, y aceleró el ritmo de su vida,

uniendo

el creer con el obrar,

porque en místico concepto,

suele destemplarse obrando

lo que se templa creyendo...

Todas sus palabras, todos sus actos han cobrado para los que le seguimos un valor, un prestigio misterioso, de oráculos, de premoniciones.

Él intuía que todo su vivir era un inflamado proagon, una absorbente introducción a la pelea; maestro en nociones recónditas, voces misteriosas, voces de otro siglo vibraban en sus palabras

...cuanto oigo y cuanto miro,

todo me eleva a misterios,

todo me suena a prodigios...

Prodigios y misterios; sólo ellos explican la transmutación, la transustanciación de aquellos labiudos y pueriles animosillos, en los escuetos héroes de afiebrado corazón y férreo aguante, cubiertos de heridas y luceros.

Ardiente proagon a ánimos turbados y turbulentos — al fin en paz, al fin silentes — y, antes del gran paso, severos *statarius* confátales, que todo lo esperaron a pie firme para que a los españoles no les atormentase más la ausencia de una Patria, como nos atormentó a nosotros, los harapos orgullosos, los mendigos hambrientos, cansados de vivir, del verso shakesperiano.

La sobriedad y la melancolía. Tal vez al sereno resplandor de estas luces pueda vislumbrarse, entreverse el enigma de nuestra pobre alma tan traída y llevada, de nuestro pobre corazón aliquebrado, pero que nunca se dio por vencido.

.. .Porque lo de menos era el morir: lo desolado era morir estéril y, hasta quizá grotescamente, y en el centro de inconsciencia de la vida española, en la mezquindad de aquel

confuso tiempo, de sospechas lleno...

veíamos la inutilidad de nuestro desproporcionado esfuerzo.

De ahí se acusaron aún los perfiles: si había que morir, si había que caer en el camino — y nadie lo dudaba —, que fuese como hombres, sin gestos ni alharacas. Y en gente joven — todos lo éramos — y en el orgullo de la juventud, esta desolada verdad, este moral páramo del desengaño, se domina, se señorea sólo desde la atalaya de la melancolía.

«En derechas e izquierdas juveniles arde, oculto, el afán por encontrar en los espacios eternos los trozos ausentes de sus almas partidas, por hallar la visión armoniosa y entera de una España que no se ve del todo si se mira de un lado, que sólo se entiende mirando cara a cara con el alma y los ojos abiertos» (66).

La obsesión de los campos de estrellas que

a media noche dan rayos fogosos (66a)

de los espacios infinitos, ronda y agita toda su obra, toda su palabra. Espacios siderales; blanca y fría luz de lejanas estrellas. Allí, ¡qué bien lo vio!, se entrañaron llorando nuestras almas partidas. Allí las buscábamos con absortos ojos, que no veían las realidades corpóreas, allí en los escalofrantes páramos estelares, trágicos *perenniservus* de un anhelo, esclavos sin esperanza de libertad. Allí unos y otros buscábamos las sangrientas túrdigas de nuestras almas, unidamente contrarios, contrariamente unidos, lanzándonos al cruzarnos vacías miradas que querían ser torvas; sin pensar éramos los mejores, matices diferentes de lo heroico, destinados a deshacerse mutuamente — como sucedió — por estar tocados — otra vez lo estelar, lo inmenso — de una constelación maligna.

«No te odié nunca. Te he visto combatir y tu valor me ha dado envidia» (67).

En un Movimiento como el nuestro, lo más importante era sentir, más aún que comprender las ideas claves que le formaban, que constituían su esencia. José Antonio las exponía nítidas, tajantes, pues por ello y para ello era nuestro jefe y tal era su

HACIA JOSÉ ANTONIO

95

misión. Nosotros cumplíamos con comprenderle y seguirle y, hasta — y no creo deba nadie avergonzarse por ello —, seguirle sin comprenderle a veces, por aquel tácito voto de obediencia en lo espiritual que hicimos, pues en lo material estaba implícito en la jefatura de que libremente le investimos. Esta fue una de las causas de nuestra fuerza, desproporcionada hasta

lo increíble en relación con nuestro escaso número, y quizá la otra, el ir resueltos a morir o a llevarnos la victoria, pues ya es sabido de siempre, cuanto agiganta ello el esfuerzo.

Quizá lo más arduo para quienes le seguimos en la primera hora, fue prescindir de nosotros mismos, desencastillarnos de nuestra personalidad. Como todos los españoles llevábamos un rey en el cuerpo y, sin embargo, sometimos sin reservas mentales nuestra voluntad a la suya. Y no ciegamente, sino a consecuencia de un sencillo proceso mental. Archindividualistas, vimos había sido el individualismo la causa del hundimiento de España. La triste historia de nuestro siglo XIX, cuajada de individualidades heroicas que, al destrozarse entre sí, agotaban a la patria, estaba bien próxima en el tiempo y, por desgracia, bien presente en la profunda postración nacional.

Y olvidamos — nosotros los primeros — lo que queríamos olvidasen todos los españoles; aprendimos a obedecer, nos pareciese bien o mal lo mandado. Esta fue nuestra fuerza, mejor, el cuerpo en que encarnamos el anhelo de una Patria más clara y más hermosa, madre de todos.

Bien valía ello el sacrificio, pero para casi todos fue lo más difícil, pues éramos altivos, y sueltos como el gavián.

Años ha, quise concretar esta lucha interior en estos ásperos versos:

*Mucho nos enseñó. Fue lo primero
juntar los derramados por el suelo
sagrado, en escueto haz — acero y vuelo —
desdén por todo lo perecedero.*

*Y nuestro amargo barro y altanero
aceptó el arduo yugo, y el desvelo
de la noche estrellada, y el anhelo
de abnegación con hito de lucero.*

*Y pasó el tiempo eterno y breve. Un día
subió a lo alto a contemplar España
total, inmensa — solana y umbría —.*

*Y con su fin transustanció la huraña
y señera soberbia en temple ardiente,
a la obediencia o mando indiferente.*

Pero él ya nos lo había dicho, meses antes de morir:

«Y pensad en esto: es fácil otorgar la confianza cuando lo que el mando decide se ajusta exactamente a nuestra inclinación; lo difícil es permanecer en la misma lealtad externa e interna cuando lo que se nos manda no es aquello que esperábamos que se nos mandara o resulta oscuro de entender» (68).

Y nos previno contra el desaliento y el tedio.



Ilustración 3. 1934

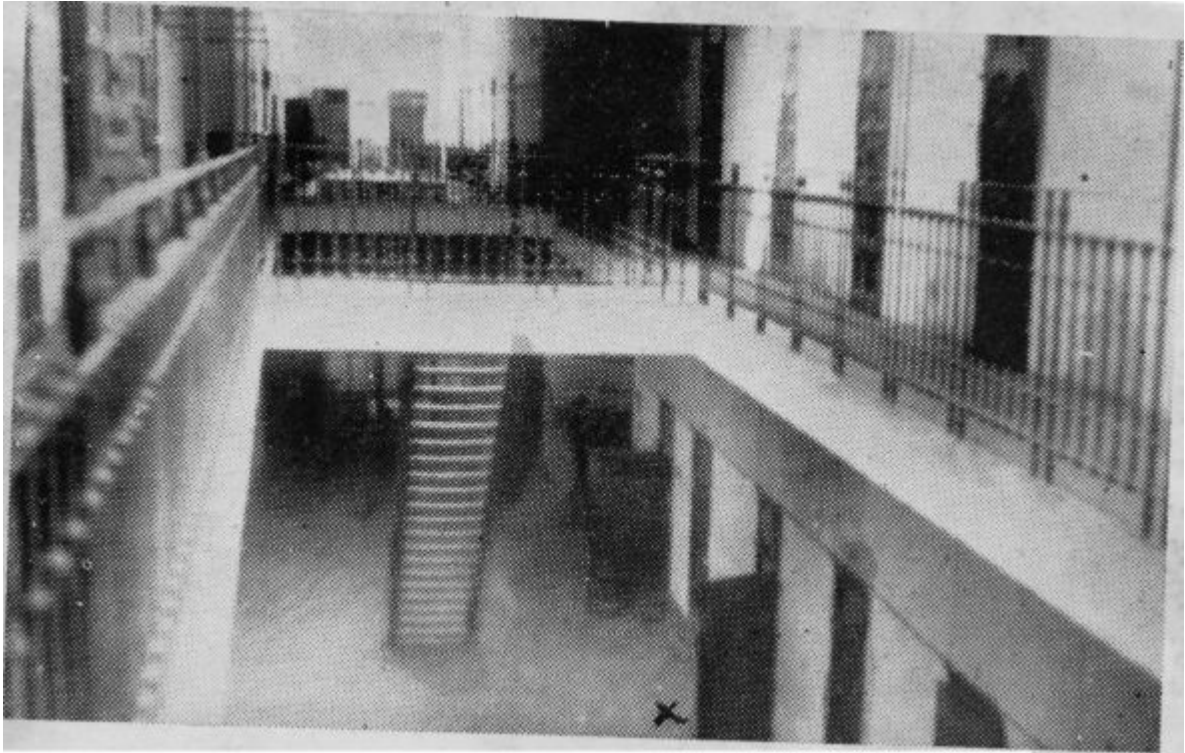


Ilustración 4. Prisión Provincial de Alicante. La X señala la celda número 10 que ocuparon José Antonio y su hermano Miguel.

*Porque tal vez hay verdades
que parece que se inventan.*

CALDERÓN: «Efectos de odio y amor.»

¡Tan sorprendente, tan insólito fue todo! Unas palabras mágicas nos pusieron en pie aquí y allá — sin vernos, sin conocernos —, sobre la tierra de España:

«Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas...» (69).

Y no hizo falta más; era lo que todos pensábamos, almas en pena en aquella niebla pardusca, grávida, medrosa...

«Arma al brazo, y en lo alto, las estrellas.»

(Ni siquiera precisábamos la inmediata alusión a los festines, nos era igual; para nosotros tales sórdidos seres no existían: eran sombras, menos que sombras, sombras de sombras ; nos bastaba la vela de armas y altos, muy altos, los luceros.)

Así se hizo todo, elevando a romance lo cotidiano, lo ratero. Un puro viento norte barrió nieblas y brumas, y todo se volvió diáfano, legendario, nítido de perfiles, y en torno a aquella bandera que se erguía pura y joven, que lo pedía todo y ofrecía amarguras, comenzaron a afluir los que nada pedían y todo lo daban. Ya está quizá olvidado aquel fervor antiguo, difícil por otra parte de heredar y transmitir a grandes núcleos, pero entonces existía.

Cuando se empieza a recordarle, se va de maravilla en maravilla. Entró en nosotros más por el corazón que por el cerebro. Quizá le sedujese a alguno la seguridad y finura de sus construcciones mentales. A la mayoría no, éramos de los de hechos y no dichos, y ¿por qué negarlo?, sentíamos recelo por los universitarios metidos a arreglapueblos, de que tan pródigamente nos surtió la república. Nos convencía más el verle siempre el primero en todo, y con aquella cordialidad tan suya, tan española, aquel compartir el peligro y el pan con su gente, y saber el nombre de todos, y tratarlos siempre como hermanos, quitándose el bocado de la boca para dárselo, lo mismo que Trajano hacía, según Plinio el mozo. Temple y norma de héroes en suma. «Son estos genios señoriles reyes por mérito y leones por privilegio innato», dice Gracián.

Le veíamos, por otra parte, formarse en la lucha al lado nuestro; no nos cayó llovido del cielo perfecto, se iba haciendo, curtiendo, endureciéndose, y nos parecía que en él había también una partícula de nuestra alma. Desde la lírica vela de armas bajo las estrellas, hasta la sogá justiciera de Campo de Criptana, hay muchas leguas de mal camino, muchas jornadas de brega a lo David, y de agonía, en el sentido de fatiga del que lucha. El José Antonio de 1933 no era el del 36, que hubiese llegado a inmolarse a la Falange entera — y él el primero —, ya es cosa sabida, para sacar a España de aquel torvo mirarse bando a bando, sin decidirse ninguno a atacar el primero.

Vivía de veras, metido de hoz y coza en la vida, y a la par leía, aprendía,

*y no el darme a los estudios
mis alientos acobarda...*

Espiritualmente desentonaba de toda aquella caterva de Calibanes, o sesudos varones ceñidas las sienes de moral prudente, él, siempre nimbado de laureles gloriosos, invisibles para ellos, mas no para nosotros.

Y como tal era el hombre que habló de vigilia de armas bajo palios de luceros, las palabras fueron mágicas, y pusieron en pie a los hombres de España.

...Las ideas nos traerían más ideas, y los recuerdos más recuerdos, y estaríamos hablando de él, a modo de discursos consolatorios, sin fatiga ni hastío, tiempos y más tiempos.

Con sólo inteligencia, sabido es y harta está la experiencia de probárnoslo, poco o nada se hace en el trágico arte de gobernar los pueblos. Hay otras cualidades mucho más importantes, y que varían según cada país, según cada genio nacional. Ciñéndonos al nuestro, creo que nada tienen que hacer cuando se gobierna de veras y a la española o cuando se lucha por el mando, el tuno que oye crecer la hierba ni el estudiosito que a fuerza de codos llega a saber más que Lepe. Pierden también el tiempo el energúmeno y el fanfarrón, pues se descubren a los primeros lances.

Con tal fauna se encontró José Antonio, y la afrontó sin reparo, porque tenía en el alma dos virtudes capaces, éstas sí, de sacudir a España de punta a punta: el valor y la generosidad. Virtudes consustanciales con la raza, con nosotros, desde siglos y siglos, nacidas de estas tierras, pródigas en héroes caballerescos, cuando aún se pulverizaba en tribus.

Si dos normas de tal vigor y altura son eviternas en un país, es indudable que quien las posea en grado sumo, quien tenga el corazón tan grande para que en él le quepan, arrastrará a los hombres y se hará dueño de sus almas si a ello se decide. José Antonio las tuvo innatas y la formación familiar las incrementó.

Pero había aún más, al valor y la generosidad que irradiaba constantemente, unía el don de gentes; una palabra suya, un ademán hidalgo y afectuoso, convencían, traían a su lado mejor que un razonamiento irreprochablemente expuesto. Sabía ganar corazones, como finísimamente dice nuestro pueblo; sobre todo los corazones de veras, sencillos, que admiran, quieren y odian. No los impermeabilizados, mineralizados mejor, metidos en la norma grotesca y pedante del *nihil mirari* y del miedo al ridículo. No es hablar por hablar, ¿cuántos de esos había en nuestras

escuadras de primera línea? En las de Cataluña ni uno solo; en cambio, sí que había tenientes y capitanes, estudiantes universitarios — liberados de sus familias —, empleadillos, obreros, antiguos legionarios y otras gentes de corazón y leales, pese a su pasado no muy santo.

Estos hombres y otros semejantes — la medula de España a fin de cuentas —, desde que entraron en Falange, parecían desinteresados de todo: sólo para ella vivían, y a una palabra de su Jefe — al que adoraban, y no es retórica—, lo dejaron todo y se jugaron la vida a cara y cruz muchas veces, para orgullo de quien les supo infundir tal espíritu, porque, como él decía:

«Nosotros no aspiramos a nada. No aspiramos si no es, acaso, a ser los primeros en el peligro.»

Había que sacar de sus casillas a aquella triste juventud española, aprisionada — almas y cuerpos — en la mediocridad de la vida de entonces. No era la *áurea mediocritas* horaciana, refugio de sueños, hermosos y dulces sueños, era una sórdida medianía, con horas y años vacíos, estúpidos, amargos de vulgaridad estólida. Todo eso había que removerlo, había que deshacer, piqueta en mano, la mugrienta escayola que atenazaba el cuerpo vivo de España, impidiéndole toda reacción vital y viril; había que proclamar, y pronto, que la vida era alegre, porque pasaba pronto y podía perderse en un instante; que la Patria fue grande, y podía volver a serlo si a ello consagrábamos nuestras vidas sin reservas ni prudencias pacatas, lanzándolas de una vez en una puesta heroica, a sabiendas de que la íbamos a perder, pero también de que otros gozarían de nuestro desinterés y nuestro esfuerzo, aunque ni siquiera supiesen nuestros nombres y hasta quizá los maldijeran por haber deshecho — ¡ y cómo lo deseábamos ! — aquella mísera y tediosa paz por la que discurría la vida de entonces, que volvía de corcho los cerebros y los corazones. Así era; palabras encendidas, violencia, pistolas, represalias, todo era necesario para hacerse oír poco a poco en aquel yermo, carente de todo menos de hambre, de injusticia y de tedio.

Nacíamos a una nueva vida, pues una nueva vida era para nosotros la Falange, en todas las tierras de España. Pocos, muy pocos, una legiúncula con un mismo ideal inconcreto, cuyo centro, cuya medula, era un desesperado amor a España, entonces tan distinta de como la queríamos, de como la soñábamos, con amargos sueños de despiertos, entre tantos y tantos adormecidos en su alicorta vida personal, indiferentes a todo, con la lógica ratera de sus mezquinas almas, de sus empequeñecidos corazones, lógica que entonces imperaba, saturando el ambiente de ñoñez y egoísmo.

Chocábamos con todo y con todos, ni comprendíamos aquella ceguera que llevaba a España hacia el abismo a toda prisa, ni éramos comprendidos cuando con todas nuestras fuerzas tratábamos de evitarlo, de advertirles el tremendo peligro que corrían y se negaban a ver, en su necio y estólida suficiencia de taimados listillos; juventud sin juventud y vacua madurez de sesos huecos.

Dos mundos, dos maneras antagónicas de comprender y de vivir la vida. Los satisfechos pusilánimes y los desesperados que veían claro, y también que muy pocos acabarían sus vidas sin sangre.

Acertamos y, a fin de cuentas, evitamos el fatal suicidio de España, pero ¡ a qué precio ! Un millón de muertos y ver diezmadas una y otra vez nuestra filas. La nómina de nuestros caídos cubrió los muros de las iglesias españolas y todas nuestras conversaciones se truncaban en el recuerdo por un ¡ presente ! repetido y vuelto a repetir. Cuando al final nos agrupamos, no había escuadra ni falange ni centuria que no estuviese semi-abatida por la muerte. Era triste y glorioso, pero pasaba de claro el corazón y volvía amarga la vida aquella primavera clara del 39, nacida a la sombra de las banderas victoriosas que volvían, suavizadas sus sangres y sus muertes por los soles de fuego y hierro de la guerra.

Pero eso fue después.

Lo que él pensaba de nosotros.

Y él, ¿qué pensaba de nosotros? Esto es lo que realmente importa — o nos importa, nos sigue importando — a los que quedamos.

«El estilo perfecto de esa milicia, que cada vez me considero más orgulloso y más confuso de mandar» (70).

«Secundado por una juventud inmensa, tallada en el mejor filón heroico de España. Si algún mérito tengo está en haber puesto al aire ese filón, tanto tiempo enterrado» (71).

«De ningún modo podría entrar en nosotros el desaliento, estando, como estamos, al lado de quinientos muchachos magníficos, que nos edifican con su alegría y su entereza. De cualquiera de ellos tendría yo muchísimo que aprender. Procuro, por lo menos, no ser indigno de mandarlos» (72).

«Así todos los días. Unos caen en las calles, asesinados por la espalda; otros se hallan en las cárceles, desde donde nos escriben llenándonos de emoción. Así da gusto mandar hombres» (73).

«Os hemos visto tras las rejas, magníficamente desgreñados, astrosos, como las gentes de los tercios, pero cantando a España» (74).

«Aquí estamos todos... Sólo pedimos una cosa, a la que tenemos derecho: a ir a la vanguardia, porque no nos aventaja ninguno en la esplendidez con que dimos la sangre de nuestros mejores. Nosotros, que rechazamos los puestos de vanguardia en los ejércitos confusos que quisieron comprarnos con sus monedas o deslumbrarnos con unas frases falsas, nosotros, ahora, queremos el puesto de vanguardia, el primer puesto para el servicio y el sacrificio. Aquí estamos, en este lugar de cita, esperándoos a todos: si no queréis venir, si os hacéis sordos a nuestro llamamiento, peor para nosotros ; pero peor para vosotros también; peor para España. La Falange seguirá hasta el final en su altiva intemperie, y ésta será otra vez — ¿os acordáis, camaradas de la primera hora?—, ésta será otra vez nuestra guardia bajo las estrellas» (75).

«Estad seguros que este ímpetu nuestro triunfará al cabo. Entonces veremos cuántos alegan que nos acompañaron desde el principio. Veremos cuántos se apresuran a ponerse camisas azules. Pero las primeras, las de las horas difíciles, no se confundirán con esas camisas retrasadas. Aquéllas tendrán olor a pólvora y a rozadura de plomo» (76).

«Fuimos unos aguafiestas; pero fuimos unos aguafiestas iluminados» (77).

«Pues bien: nosotros, que hemos acampado bajo estas banderas, que hemos requerido a todos para ser los primeros o los últimos— que esto no nos importa — en esta lucha trágica, decisiva, por España, acompañados o solos, seguiremos en nuestro puesto: unas veces seremos más, otras veces seremos menos. Se nos irá desprendiendo toda la ganga de los curiosos, de los cobardes, de los noveleros, de los que acudieron porque era moda hablar del Estado corporativo o ponerse una camisa de un solo color. No importa. Quedaremos los necesarios, los fervientes. Pasarán épocas en que la Prensa capitalista, que ventea un ridículo mitin donde cuatrocientas personas han tenido la desgracia de oír durante una hora toda una sarta de sandeces, podrá callar los mítines nuestros, donde vienen miles de almas militantes dispuestas a la lucha. No importa. Seguiremos en nuestro sitio. Irá caducando todo lo demás por su propia virtualidad de fracaso, y nosotros seguiremos nutriendo bajo esta tierra esta semilla de las horas futuras; y las camisas azules que hoy escondemos bajo las chaquetas a la vigilancia de la autoridad gubernativa saldrán un día luciendo al sol, y vosotros, camaradas, los primeros en el sacrificio, que habéis visto clarear vuestras filas con tantos nombres de mártires, vosotros tendréis puesto de honor para el desfile en la alegre mañana de España» (78).

«Y en las horas próximas del triunfo, como en las horas presentes del crecimiento, no olvidemos aquellos intentos de los primeros días, ni seamos desagradecidos para los que ocuparon el puesto de vanguardia en los tiempos duros» (79).

«Veréis como un día, cuando seamos viejos y veamos en torno nuestro la nueva España de nuestros hijos, recordaremos esta mañana primaveral, que aún tiene luz invernal, con la satisfacción de los que no están descontentos de su obra» (80).

Recuerda las palabras de Enrique de Inglaterra, antes de la batalla de Azincourt:

«Hoy es la fiesta de San Crispín; el que sobreviva a este día volverá sano y salvo a sus lares, se izará sobre las puntas de los pies cuando se mencione esta fecha, y se crecerá por encima de sí mismo ante el nombre de San Crispín. El que sobreviva a este día y llegue a la vejez, cada año, en la víspera de esta fiesta, invitará a sus amigos y les dirá: "Mañana es San Crispín." Entonces se subirá las mangas, y al mostrar sus cicatrices, dirá: "He recibido estas heridas el día de San Crispín." Los ancianos olvidan; empero el que lo haya olvidado todo, se acordará con satisfacción de las proezas que llevó a cabo aquel día. Y entonces nuestros nombres serán tan familiares en sus bocas como los nombres de sus parientes: el rey Enrique, Bedford, Exeter, Warwick y Talbot, Salisbury y Glúcester serán resucitados por su recuerdo viviente y saludados con copas rebosantes. El padre contará esta historia a su hijo, y desde este día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín Crispiniano nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo, el recuerdo de nuestro pequeño ejército, de nuestro feliz ejército, de nuestro bando de hermanos; porque el que vierte hoy su sangre conmigo será mi hermano; por muy vil que sea, esta jornada ennoblecerá su condición, y los caballeros que permanecen ahora en el lecho en Inglaterra, se considerarán como malditos por no haberse hallado aquí, y tendrán su nobleza en bajo precio cuando oigan hablar a uno de los que hayan combatido con nosotros el día de San Crispín» (81).

«Murió sin conceder la menor importancia a la vida. Sólo le interesó el triunfo del ideal por el que derramaba su sangre» (82).

«Le dispararon por la espalda un tiro y, cárdeno, en el delirio ya de la agonía, todavía pudo cantar entre dientes la vieja canción de las J. O. N. S.: *Quiero una muerte española...*» (83).

«Y por eso esta juventud nuestra, como por obra de milagro, ha encontrado una vena de heroísmo y de valor que se hallaba como escondida, como soterrada muy honda, y sale de su casa con un temple que supera al mejor temple antiguo» (84).

«Esta generación, depurada por el peligro y el desengaño, puede buscar en sus propias reservas espirituales acervos de abnegada austeridad. Cuando se ha aprendido a sufrir, se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo. Queremos ganar a España para servirla. Arrojados a la intemperie por las tribus acampadas bajo los sombreros de los partidos, queremos levantar el nuevo refugio fuerte, claro y alegre en cuyas estancias se identifiquen servicio y honor» (85).

«La generación es un valor histórico y moral; pertenecemos a la misma generación los que percibimos el sentido trágico de la época en que vivimos, y no sólo aceptamos, sino que reclamamos para nosotros la responsabilidad del desenlace. Los octogenarios que se incorporen a esta tarea de responsabilidad y de esfuerzo pertenecen a nuestra generación; aquellos, en cambio, por jóvenes que sean, que se desentiendan del afán colectivo, serán excluidos de nuestra generación como se excluye a los microbios malignos de un organismo sano» (86).

Aun en los momentos de lógico pesimismo o de las decisiones supremas, gravitaba en su gran alma el amor y recuerdo — fidelidad, mejor — hacia nosotros, hacia sus camaradas; éramos «miembros de un cuerpo, y cuerpo de tal cabeza» (87), estábamos «llamados con la vocación de una misma esperanza» (88).

«No se crea que arrastramos a unos cuantos muchachos animosos, quizá hasta la muerte, por puro capricho. No somos cobardes ni frívolos; somos hombres que vamos a tratar de evitar el hundimiento total que parece avecinarse» (89).

«Preferimos el servicio alistándonos en línea para evitar el hundimiento de los valores espirituales...» (90). Todo era espíritu; se pasaba en vuelo alegre sobre la tragedia que nos envolvía; no existía el enemigo sórdido y zafio, sólo actos de servicio, que siempre parecían fáciles...

«A no ser que alguno caiga en el acto de servicio que se os encomienda, pues siempre

son los mejores los que de entre nosotros elige Dios para su Guardia» (91).

Y ofrece, ni más ni menos, a los que cayeren :

«Tened la seguridad de que más tarde habremos de encontrarnos en un cielo más alto y más azul que ninguno, que Dios está creando para los falangistas» (92).

Pero al final del almuerzo se encendió, se puso en trance y con la terrible voz nasal de sus grandes cóleras nos dijo, poco más o menos : "Es preciso reunir tres o cuatro mil jóvenes decididos a morir, y atacar Madrid. Vosotros vendréis conmigo, y si retrocedéis os mataré a tiros. Nos apoderaremos de la capital. No hay otro recurso» (93).

«Una noche, en un momento de pasajero desaliento, en 1934, me dijo que solamente seguía la lucha porque le llevaban a ella los muertos de la Falange» (94).

Así tenía que ser y así fue. Unión más firme dudo se haya dado entre un jefe y sus hombres. Y después de esto, después de tal admiración, de tal respeto, de tal cariño como nos tenía, ¿qué puede darnos, que lo supere, la vida?

No es nostalgia, sino ver claras las cosas, sin espejismos, sin vacuas ilusiones. ¡ Generación como aquélla, un haz de hermanos semejante, difícilmente se volverá a hallar! «Todos se parecen entre sí — decía —, como miembros de una gran familia» (95). Y era cierto: la gran familia de los hidalguillos de España.

«Prenda es de héroe el combinar con héroes... Hay parentesco de corazones y de genios» (96).

MARGINALIA

Su clasicismo.

Mucho se ha insistido en el sentido clásico de la vida y la obra de José Antonio, presentando su ponderación y serenidad como antítesis de cualquier extremado romanticismo.

Sabidas son sus atentas lecturas de Plutarco y su admiración por Julio César: «Es, posiblemente, la figura más grande de la Historia de Occidente. A lo largo del tiempo viene a ser nuestro maestro... Fue un gran revolucionario ; el profeta de una nueva edad clásica e imperial» (97).

«Era clásico por dentro... Su contención de lenguaje, su administración sabia de las pasiones, su modo político de enfocar lo real y lo ideal, y de ampliar la esfera de lo posible sacándolo del estanco de la vulgaridad son romanos sobre todo. Por eso a veces en la historia española, más que un continuador de las líneas de mando históricas nuestras, toma aire de procónsul que por un milagro hubiera evitado a España las invasiones del Norte para salvarla como otro pedazo de Imperio, *pendant* en Occidente del de Constantinopla, sólo que más puro.»

Y continúa: «Era un clásico. Innatamente, sin proponérselo... El perfil y aun la estatura toda de José Antonio son Roma pura. Me gustaría uña estatua suya vestido al modo militar imperial como se hacían a los príncipes en el Renacimiento» (98). (Y a nuestros reyes hasta mucho después: ahí está Carlos IV — a la romana y ecuestre — frente a la catedral de Méjico.)

Ello es a mi entender cierto, pero no tan a rajatabla como se ha pretendido, y con un matiz que conviene apreciar.

El clasicismo formal de sus escritos y discursos, salta a los ojos; su anhelo de claridad y la pasión contenida, son indudablemente reflejo de una rigurosa formación espiritual y estética, que nos hace pensar en los grandes estoicos, en Epicteto y en Marco Aurelio sobre todo, pero con una abundancia de corazón que pugna por romper los rígidos moldes y una sonrisa que suaviza la severidad del gesto.

Ambas cualidades son tan españolas, que si no temiese ser mal interpretado, diría que el clasicismo joseantoniano es un clasicismo español. Y digo mal interpretado porque estas palabras evocan sin querer el Siglo de Oro, y no es tal mi intento, sino indicar con ellas la serena actitud española frente a la vida y frente a la muerte. Desde los cántabros entonando cánticos de victoria en las cruces romanas, hasta el camarada que cayó sonriente y con una frase ingeniosa y cordial en los labios — pasando por los ilergetes suicidándose sobre su jefe muerto —, corre el mismo raudal de espíritu, sereno pero no triste y jamás afectado ni enfático, cual «el estoicismo de nuestro Séneca, que es todavía una actitud intelectual sin efusión» (99).

Poniéndose rápidamente a tono con los lances, por diversos que sean, que la vida les presenta, siempre este espíritu nuestro tiene la frase justa y además exacto. Por ello, porque le poseía plenamente, pudo hablarnos de arcángeles y de luceros, cosas en un discurso político un tanto, absurdas, y dé árboles retorcidos en el yermo y sogas olvidadas en los pajares, sin caer ni en rudeza ni en barbarie. Y sentir en su alma el ramalazo romántico, una noche de luna ante el Alcázar de Toledo: «Daba la luna en las torres de pizarra; a nuestros pies el río y el fresco frutal de los árboles. Parecía el Alcázar un dibujo de Gustavo Doré. José Antonio, ganado por el ambiente, traicionó sus tendencias clásicas.

»—En el fondo, esto es lo nuestro; el Partenón está demasiado lejos; es simplemente arqueología» (100).

Y hasta morir su muerte, llena de sugerencias románticas, con un tono sobrio, manriqueño mejor que sereno, en medio de jóvenes camaradas, como si dijera el romance :

*si muero es porque tenía
que morir alguna vez...*

Alma mater.

«No hay uno sólo de los que tengan espíritu abierto que no haya recibido la influencia de muchas simpatías; todos nos hemos asomado, unos más y otros menos, entre estos últimos yo, a la cultura europea; todos hemos sentido la influencia de las letras francesas, de la educación inglesa, de la filosofía alemana y de la tradición política italiana...» (101).

Así hablaba en el Parlamento el 2 de octubre de 1935. Y recordaba acaso el viejo caserón en que cursó Derecho, desvencijado, polvoriento, crujiente de vetustez, incómodo, triste, rezumando pesimismo, abrasado de soles y aterido de fríos, en una calle envejecida, vulgar, provinciana, rodeada de «sórdidos antros de esparcimiento», donde los estudiantes «se entristecen y marchitan» (102). Y añoraba los campos verdes, las limpias sombras de árboles, el rumor calmante del río, donde otras juventudes más felices se iban formando en «Propicias Madres» más antiguas, impregnadas de sabias tradiciones, lejos de grandes ciudades bulliciosas y atormentadas, enemigas por naturaleza del pensamiento sosegado, del ocio hidalgo fructuoso en el tiempo, del trabajo libre y bien amado, de la mente serena.

¡Oh, si nuestra Alcalá creciera entre verdor y hermosa sombra de árboles antiguos ! ¡ Oh, si nuestra Alcalá pudiese ser transportada en un vuelo — como la Santa Casa de Loreto — a orillas de su río, en su paisaje abierto con lejos de colinas azules, entre campos verdes y entre sotillos de árboles que irían creciendo y haciéndose grandes, coposos, de tendido ramero y de muy linda vista y, a la par, benévolo y paternal con los años, dejando cada otoño convertirse los antes nuevos pensamientos verde-abril en oro y en seroja pajiza luego, seguros siempre del renacer, de la espiritual palingenesia, cuando llegase su momento en el ritmo eterno del tiempo!

Y ¿por qué no? ¿Por qué un paisaje en puros huesos no podría vestirse de la carne, del suave manto verde que calmase las almas ? ¿ Por qué esa hermosa luz de la meseta— plata pura—, por qué ese sol duro como un dios joven, no podría suavizarse, tamizarse en frondas amigas de los hombres, donde cantaran los aguzados tordos y por el mes de mayo, en los días claros — tan nuestros — y en las noches de luna nueva «los ruiseñores en sus senos verdes»?

Y lo demás se nos daría por añadidura: cuidadas representaciones de Cervantes — «La Numancia», «Los baños de Argel», «El retablo de las maravillas»... —, lecturas de su prosa inalcanzable, evocaciones de su mito eterno. Los hijos de aquella Alma Mater, guardarían siempre un recuerdo hermoso y entrañable, lejano, amado Arcadia.

Pero surgía el choque con la realidad, con la secular crudeza y rudeza — la celebrada *hombría* — y con la incuria y el abandono seculares también.

No se cumplía, además, con buenas intenciones y soledades. Estaba en nuestras manos corregir errores y alcanzar esperanzas.

Nuestra generación se había impuesto a sí misma «trágicamente, la misión de vertebrar a España... Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas» (103). Se cubriría España de un verde manto arbóreo, de céspedes blandos de pisar, «incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española» (103 a).

Y ellos — o sus hijos — estudiarían y soñarían, no en caserones polvorientos, amargos, cansados de vivir, malhumorados, sino en mansiones ennoblecidas por los siglos, junto a sombras hidalgas de robles y castaños de derramadas ramas bien espesas de hoja, plantados en creciente de luna de febrero y de marzo, con las copas bien altas para captar el sol primero,

que irían haciéndose más entrañables y dulces con el fluir del tiempo.

Pero la dura realidad volvía, y volvía también su idea, terca como un bordoncillo, noble como un lema de escudo: «Amamos a España porque no nos gusta.» (O cuando menos, descendiendo unas gradas hacia lo humano, «*aunque* no nos guste».)



Ilustración 5. 1936



Ilustración 6. José Antonio con su sobrino en brazos.

Melancolía

Si non est magnum ingenium sine melancholia, si ese exquisito mal es inseparable de todo espíritu elevado, no podía estar ausente del suyo, arrancado por su amor a España y la coyuntura que le deparó el destino, de sus aficiones, de sus dilectas preferencias — sosegadas lecturas, meditación serena, sueños de despiertos —, vocación, en suma, de la vida al pensamiento, en un marco apacible, propio para el ocio fecundo en el silencio dulce, donde barajar sueños con recuerdos e ilusiones perdidas, el viejo juego donde sólo los naipes — damas y corazones, picas y tréboles — cambian...

País calmante y delicioso, donde campan los *blue-devils*, los diablos azules y a veces la vida sabe a gloria, y las más a ceniza.

Ideal — no obstante su pan ácimo — de vida serena, de vida bienaventurada, tan grato a los clásicos, cuando empezaba a florecerles la almendra:

*un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo...*

contemplación desinteresada de la vida, sin inquietud, sin esperanza.

Pero él no se engañaba; contempló la «alegría un poco melancólica» del 14 de abril, cuando desvaneciéronse «viejos símbolos que fueron gloriosos en otro tiempo» (104). Y en un clarividente atisbo, hijo de su madurez, advierte a un político engreído :

«Ha llegado en plena juventud, y después de un esfuerzo rápido — es decir, cuando aún el aburrimiento no le ha podido roer el alma—, a una de las torres de mando... A los sesenta y

cinco años, el fracaso puede ser un crepúsculo no desconsolador de la muerte; a los treinta y seis, el fracaso es la salida hacia un desierto de varios lustros de melancolía» (105).

Y de melancolía lindera con el desabrimiento y los malos modos de los que tienen mal perder; no la suya, atrayente y llena de belleza.

«La Ballena», años después.

Siempre que paso por Madrid voy a «La Ballena», Ballena Alegre, tan llena de recuerdos. Cosecho siempre las mismas soledades y, sin embargo, vuelvo y vuelvo.

Caras nuevas — con la melancolía que esto encierra —, caras nuevas, y ni un solo camarada de entonces. ¿Y el espíritu?

Allí están las pinturas de siempre: el banquete jovial de arponeros y mozas rubicundas, la nave alterosa de castillos, el burlón cetáceo con sus dientes de sierra y su lomo convertido en ínsula ilusoria como la de San Balandrán o la de las patrañas de Simbad. Las cosas — como tantas veces — permanecieron fieles. Las cosas solamente. El espejo brumoso, mágico, ventana para ver fantasmas; la fragata colgada del techo, marcando, incansable, rumbos y rumbos... Las mismas mesas, los mismos divanes y, cerca de la esquina, su sitio preferido. Parece que le veo. Un poco inclinado hacia delante, encuadrado perfectamente en aquel nordismo que tanto le placía, los ojos claros perdidos en un ensueño que no lo era, sino pura eficacia. Y con el ímpetu contenido que siempre fue su tónica; llama bajo cenizas discretas, *sobria ebrietas*.

Y allí me estoy mirando el vacío, enfrentado con el solemne compás del reloj inglés de dulce sonería y lema melancólico en la esfera: *Tempus fugit*, sin pensar, sin sentir casi, recordando.

—Usted venía cuando don José Antonio — me dice al rato el camarero de antes.

—Sí...

LA MUERTE

Vino la muerte a llamar a su puerta...

JORGE MANRIQUE

I. Premoniciones.

A lo largo de aquellos tres años cumbres de su vida, se sucedían hechos tan cargados de enigmas y de maravilloso, planteaban a diario tan trágicos dilemas, que no es extraño surgiesen en su espíritu, tan fino y tan veteado de melancolía, premoniciones de un próximo fin.

(Todos estábamos plenamente convencidos de que nuestro fin común era una muerte próxima; en la desesperada esperanza que siempre fue la tónica de la Falange heroica, nadie soñó longevidades, tan persuadidos todos de caer en el camino que, creyendo a pie juntillas en la victoria, ninguno soñó llegar a verla; éramos la primera ola, destinada a dejar su carne en la alambrada; otros vendrían recogiendo nuestras banderas y nuestros himnos.

Vivíamos sin pretenderlo, el romance de los Infantes de Lara:

*Ciertamente nuestra muerte
está bien aparejada;
no podemos escapar
de tanta gente pagana;
vengamos bien nuestros cuerpos
y miremos por las almas;
peleemos como buenos,
las muertes queden vengadas;
ya que lleven nuestras vidas,
que las lleven bien pagadas.
No nos pesa nuestra muerte,
pues va tan bien empleada,
y morimos todos juntos,
como buenos en batalla.)*

(Y también sabíamos que nuestra única arma contra el destino que nos tocó vivir, era ganar al tiempo la partitura girando más rápidamente que su rotación de días y años, llenando, como dice Kipling, cada hora de sesenta minutos bien colmados. Es difícil que quienes nos sucedan logren comprender el estado de fría exaltación, tónica de aquellos días que vivimos acosando ansiosamente a la esperanza. Atrás quedaba nuestra vida — la vida que fue nuestra, mejor dicho — y que ya no nos interesaba; ¡el tiempo!, el tiempo era el problema. Había que terminar la obra empezada antes que el tiempo muriese en nuestros brazos. Y esto nos transformaba en una suerte de lúcidos sonámbulos, con una extraña penetración en el futuro, que dormía su indiferente sueño en el regazo de los dioses.)

Y esto se daba en él mucho más acusado, por su lúcido y sereno concepto del deber y por la responsabilidad del mando. Su horror a la improvisación, «a no estar preparado» cuando la hora llegara, atormentaba constantemente su espíritu. Le gustaba la lucha clara, con los ojos bien abiertos y la inteligencia presta; nada de confiar en el azar contra lo imprevisible sino agotar contra él todos los recursos a su alcance.

¡Tantos acontecimientos sucedíanse, encadenados unos a otros! Obra nuestra muchos, pero otros muchos, muchos más, sobrevenían en olas tumultuosas, arrastrados por la riada de los tiempos. El trágico y viejo juego de matarás y te matarán, y a quien te mate le matarán. El trágico — doblemente trágico por necesario — juego de las represalias, que no empezamos, ni le quisimos jugar nunca, pero que nos vimos forzados a seguir. Juego de vidas de hombres, que cuesta caro porque siempre caen los mejores, los más animosos, los de corazón más abierto, y que es aún más oneroso cuando los hombres son escasos y las filas se aclaran y las escuadras se queman y hay que reponerlas con nobles corazones inexpertos, que hay que avezar a toda prisa en el difícil arte de jugarse a diario la vida a cara o cruz, y a llevar siempre el alma en la palma. ¡Y así las camisas azules — las ya legendarias camisas azules de la primera hora — olían a pólvora y a sangre!

Estos tiempos vivíamos, y estos vivía más que todos — corazón de corazones — nuestro capitán José Antonio.

No es extraño tuviese, como tuvo, lúcidas premoniciones, exactos avisos, leales aldabadas de su gran corazón.

De varias de ellas hay testimonio directo. Todas menos una, hijas de un frío razonamiento: éramos pocos y ellos innumerables; lógico era cayésemos todos antes de abatir tan apretada y extensa mies. La otra — la más patética — vino por el camino misterioso de los sueños: «El espíritu, cuando dormimos, tiene ojos penetrantes. A la luz del día, menos visibles aparecen las cosas a los hombres», dijo el viejo Esquilo en *Las Euménides*.

La lógica se lo decía y el alma se lo pronosticaba. Cuenta un testigo presencial:

«Un día de enero de 1936, recibí en su despacho a un chófer afiliado a la Falange que iba a pedirle un arma con la que defenderse de sus compañeros de trabajo... Sabían que era falangista, le amenazaban con frecuencia, y si no se habían cumplido sus amenazas era por el miedo a una pistola que el muchacho aseguraba llevar siempre encima.

»José Antonio no disponía de la pistola. Tenía, además, el temor de que con ella se produjeran hechos graves para el que la reclamaba. Le aconsejó por esto que se defendiera llegado el caso con alguna herramienta del automóvil y le animó con bromas para desvanecer la obsesión de peligro de que se hallaba poseído.

»Al concluir la entrevista, afirmó el muchacho que la falta de la pistola significaría para él una herida grave, por lo menos. José Antonio le despidió diciéndole:

»—No es demasiada cosa una herida grave. Podíamos considerarnos todos muy felices si se lograra hacer nuestra revolución a costa de perder sólo un brazo o una pierna. Estoy convencido de que muy pocos sobreviviremos a esta tarea. Entre ellos no estará seguramente tu Jefe Nacional» (106).

Por aquellas fechas, una nueva aldabada en el corazón, rompió las puertas de su alma:

«Él me dijo:

»—La revolución ganará las próximas elecciones.

»Le objeté:

»—¿Y la Falange?

»—Ya es tarde. Se han perdido dos años estérilmente.

»—¿Qué podemos hacer aún?

»Inició una sonrisa amarga y luego, con aquella ironía un poco triste que era su defensa contra la incompreensión de todos, me aseguró:

»—Llegaremos hasta el final. Pero, quienes os salvéis de la catástrofe, celebrad misas gregorianas por mi alma.

»En seguida cambió de tono, porque poseía el pudor del heroísmo» (107).

(¡Las treinta misas que durante treinta días consecutivos se dicen por un muerto, a partir del día de su entierro, y parecen, con sus sombríos ornamentos y luces amarillas, una dolorosa prolongación de su tránsito!)

Algo antes — mediado julio de 1935 — escribía a los estudiantes de Falange, separados de sus camaradas por las vacaciones estivales:

«...El otoño, que acaso traiga entre sus dulzuras la dulzura magnífica de combatir y morir por España» (108).

Y por último — hacia enero del 36—, este patético relato (¿por qué — diríase parafraseando a Esquilo — el presagio volaba constante en torno de su corazón como un presentimiento?) (109).

«Una noche me habló de la manera de ir a la muerte ciertos personajes históricos conocidos y criticó el poco espíritu de alguno que llegó al patíbulo en brazos de sus ejecutores. Sostenía que la muerte, ingrata siempre, debía afrontarse con absoluta dignidad, y me refirió una pesadilla que tuvo sobre este hecho que siempre fue objeto de especial preocupación para él. Había vivido en sueños su fusilamiento con una fuerte sensación de detalle y de realidad y estaba satisfecho de sí mismo» (109 a).

(Quien muerto se sueña, vivo despierta, dice el refrán. Pero fue por poco tiempo).

II. Proceso y testamento.

Murió por culpas ajenas injustamente juzgado.

(Romancero.)

Fue el suyo un proceso prefabricado como entonces se usaban, con pena de muerte al final, pues «áspera es la tiranía reciente» (110). Se defendió con toda su habilidad jurídica al servicio de su poderosa y ágil inteligencia: «Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad» (111). Según referencias de presentes al juicio, conmovió y logró hacer suyo al auditorio, y aún él mismo lo dice:

«Ayer, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé, aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más, observé, que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!" Y, ciertamente, no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos» (112).

Cuando tras un hábil forcejeo, a fuerza de sagacidad y valentía, logró salvar a los oficiales de prisiones comprometidos y a sus hermanos «amenazados de penas gravísimas» (113), respiró tranquilo, tranquilo al verse solo ante la muerte. Y pudo decirles:

«Vais a condenarme a muerte, y yo soy lo suficientemente sincero para no deciros que no lo sentiré. La vida para mí es bella y buena. Pero para comprar a España es muy barato el precio. Vale ella mucho más de lo que doy yo en cambio. Pero no soñéis con que al matarme a

mí muera la Falange. Mi muerte, para ella, es un dolor; pero no un daño» (114).

Y en la tosca mesa de la celda, comenzó a escribir su testamento, lleno de español y cristiano estoicismo, sin alardes ni desmayos. «No hay que espantar, que obra a vista de la muerte, y ésta desengaña mucho, y hace hacer cosas muy aventajadas» (115)

«Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia» (116).

Siente una duda, quizá «aquello poquito de tierra que les falta por acabar de acrisolar y purificar» (117).

«Me acomete él escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecía desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

»No es menester que repita lo que tantas veces he dicho y escrito de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persista en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habernos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos» (118).

[No podía sufrir la incompreensión, actitud en todo opuesta a la suya ante la vida:

«¡Cuánta estupidez no habrá tenido uno que leer y oír acerca de nuestro movimiento!» (119).

«Uno de los rasgos característicos del español es su perfecto desinterés por entender al prójimo» (120).

«Nos decía muchas veces, con tono que trataba de disimular la tristeza de su pensamiento y el dolor de verse incomprendido:

»—Cuando comparezcamos yo y los que me odian ante el Divino Tribunal que ha de juzgarnos a todos, tengo la seguridad que reconocerán la tremenda equivocación en que se hallaban y me pedirán perdón» (121).

(Han pasado veinte años desde tu muerte, y todavía no nos han comprendido, a pesar de haber derramado día tras día el corazón — el gran corazón de la Falange — por todas las tierras de España. Quizá Dios lo remedie algún día).]

«Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

»Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima fuerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico» (122).

III. Los adioses.

Comprendió claramente que su suerte estaba echada: ¡siete contra tres probabilidades de vida! desesperada esperanza que sólo con el fin se deja y empleó sus últimas horas en lúcidos adioses epistolares a sus camaradas entrañables, que compartieron con él penas y gozos.

Quiero recordar la patética carta a Sánchez Mazas:

«Perdóname — como me tenéis que perdonar cuantos me conocisteis — lo insufrible de mi carácter. Ahora lo reparo en mi memoria con tan clara serenidad que, te lo aseguro, creo que si aún Dios me evitara el morir, sería en adelante bien distinto. ¡Qué razón la tuya al reprender con inteligente acierto mi dura actitud irónica ante casi todo lo de la vida! Para purgarme quizá se me haya destinado esta muerte en la que no cabe la ironía. La fanfarronada sí; pero en esa no caeré...

»Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas y haciendo una macabra pirueta. Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de sacramentos y recomendaciones del alma, es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional. Pero ésta no se elige: Dios, quizá, quiera que acabe de otro modo. Él acoja mi alma (que ayer preparé con una buena confesión) y me sostenga para que la decorosa resignación con que muera no desdiga junto al sacrificio de tantas muertes frescas y generosas como tú y yo hemos conmemorado juntos» (123).

Y a Julio Ruiz de Alda, a Julio, que le había precedido en la muerte, como su hermano Fernando. ¡Y Él los creía vivos!, y se fue con la alegría de afrontarla solo:

que es dolor insufrible el de la muerte

si llega cuando más vive la vida (124).

«Espero la muerte sin desesperación, pero ya te figurarás que sin gusto; creo que aún podría ser útil mi vida, y pido a Dios que se me conserve. Si Él lo dispone de otra manera, moriré confortado con el ejemplo de tantos que cayeron más jóvenes que yo y más humilde y silenciosamente.

»Perdonarme todos, y tú de manera especial, lo que a veces os haya podido herir con las espinas de mi carácter. Mis hermanos te explicarán el laconismo de esta carta y se consolarán recordándome en tu compañía y en la de tantos con quienes nuestras vidas han corrido en los últimos años mezcladas. Dios os ilumine a todos y os mantenga unidos» (125).

A todos les pedía perdón por sus intemperancias ilusorias, por su mal carácter, que si en algún momento tuvo, nadie lo recordaba, en aquel clima heroico y sincero en que vivíamos, donde los hombres dicen las verdades y se lo juegan todo juntos, sin resquemores ni reservas mentales; hasta al Director de la cárcel también, dice su hermana Carmen. «No hay que espantar, que obra a vista de la muerte, y ésta desengaña mucho, y hace hacer cosas muy aventajadas» (126). Ciertamente, la muerte, pero sobre todo su grandeza de corazón. Y cortesía, cortesía siempre. Era su pauta.

Y no quiero olvidar un destello de alegría en la carta a su tía Carmen:

«Dentro de pocos momentos ya estaré ante el Divino Juez, que me ha de mirar con ojos sonrientes...» (127).

Patéticos y lúcidos adioses, las *novissima verba* virgilianas; los postreros adioses, las últimas palabras.

IV. Versión poética.

primaverales cayeron marchitas...!

¡Ha sido derribado, y sus hojas

SHAKESPEARE: Ricardo II, act. I, escena 2.^a (95).

Fue por el veranillo de San Martín, los días milagrosos del otoño, alegre en un desengañado florecer que sabe de antemano efímero; y terco en no morir. Fue por entonces, en la edad más dulce del año. Entonces cayó, como se caía entonces: un amanecer al dorar el primer sol el muro. Lo quebradizo se había quebrado.

Pena primero, hosco rencor después y desespero heroico:

¡Si tos muertos se sacaran

a fuerza de valentía...!

Y una vez más la dura mirada ibera al cielo estrellado, a «las hermosas estrellas inmutables», erguida altivamente la cabeza, hecha a tropezar en los luceros. Mirada dura, angustiosa, frizando con la agonía. Ansias de morir todos, porque ya ¿para qué vivir? ¡ Ven, Muerte, ven, sino serás «como la hoz que siega una flor ya largo tiempo marchita!»

¡ Mala suerte! «Los destinos se habían confabulado con los traidores» (128). E inclinábamos la cabeza sobre la pena, como sobre una mujer para besarla, como sobre una «sonanta» para arrancarle quejas...

¡Échate amargura al vino

y tristeza a la guitarra,

compañero, nos mataron

al mejor hombre de España!

Al alma de España.

V. La trágica realidad.

Mejor será que hable su hermana Carmen, quien vivió aquellas horas supremas:

«El Director de nuestra cárcel nos dijo que José Antonio había pedido tres cosas en caso de que se llevara a cabo la sentencia: un confesor, que le permitieran despedirse de su familia, y un notario. Las tres cosas le fueron concedidas. Le pedimos al Director que sólo en último extremo fuera a sacarnos de nuestra cárcel para evitarnos lo que con razón considerábamos dolorosísimo. Serían las nueve de la noche del 19 de noviembre, hora avanzadísima en una prisión, cuando sentimos unos ligeros golpes en la puerta de nuestra celda. "Prepárense ustedes

— se nos dijo — para ir a la Provincial." Comprendimos que la sentencia había sido confirmada.

"Entonces, ¿es que ya no hay esperanza. . ." — le dijimos.

"Todavía no se sabe... pero es preferible que vayan ustedes, ya que la autorización es para hoy."

»No nos convenció, pero tratamos de engañarnos unas a otras. Yo, acaso la más cobarde, no pude contener mis lágrimas.

»"No llores — me decían—, le harás pasar mucho peor rato a José Antonio", y haciéndome la fuerte salimos para la Provincial.

»Siempre es una cárcel un sitio impresionante para cualquier persona que no esté acostumbrada a frecuentarla, pero lo que fue para nosotros aquella noche no es fácil de explicar.

«Entramos por la puerta medio cerrada y atravesamos las galerías y el patio central. Unas luces tristes alumbraban los sitios por donde pasábamos, reflejando formas extrañas sobre las paredes. Íbamos acompañados dos hombres.

»"Esperen aquí — nos dijeron — y nos metieron en una habitación. Al cabo de poco tiempo vinieron a buscarnos y nos internaron aún más en la prisión. Llegamos a una celda donde había una cama, y no habían transcurrido dos minutos cuando vimos aparecer al fondo de la galería a José Antonio, que venía en dirección a nosotros con un miliciano rojo a cada lado y varios más detrás.

»Es imposible decir con palabras la impresión de esos momentos. No existe ninguna que lo pueda expresar. El hermano, a quien adorábamos, venía hacia nosotros por última vez, imposibilitado, a pesar de su talento y de cuanto valía, de salvar su propia vida.

»A1 vernos, sonriente, y sin perder ni un momento la serenidad, nos abrazó a las tres. Yo, entonces no pude dominarme más, y loca, entre el esfuerzo que venía haciendo y la emoción enorme, rompí a llorar. Él me besó con toda su alma, mientras me decía: "No llores, Carmen, todavía hay esperanzas..." "No es posible..." José — le dije yo — no es posible que puedan hacer eso contigo."

»"Es lo natural: han sido tantos los de la Falange que han caído ya, que yo, que soy el Jefe de ellos, es natural que caiga también. Pero aún hay esperanzas; tengo tres probabilidades contra siete... pero puede ser...", y vuelto al Director que nos acompañaba le preguntó:

»"¿Es que me las trae usted porque me han negado el indulto? Esto me hace pensar que es así."

»"No — le dijo categóricamente el Director —; aún no ha llegado la confirmación de la sentencia."

»Cambió en seguida la conversación, y entonces nos preguntó por Fernando. Nosotras no sabíamos que Fernando había sido el primero en dar su vida y como nos habían dicho que estaba en Sevilla se lo dijimos así.

»"Se ha salvado — repitió —; entonces soy yo solo." Esto lo decía con la inmensa alegría de pensar que sólo era él quien debía morir.

Luego, volviéndose a tía María, le dijo:

»"No te preocupes, tía Má, he confesado y estoy muy tranquilo. Ha bajado un sacerdote que está también preso y he confesado con él; además, desde que nos metieron en este proceso feroz me estaba preparando por si llegaba este momento y todos los días he hecho oración y rezado el rosario. Además me han dado muy bien de comer, no hay nada como estar condenado a muerte para que lo cuiden a uno. En vez del rancho que nos dan todos los días me han dado sopas de ajo con huevos y una carne estupenda..."

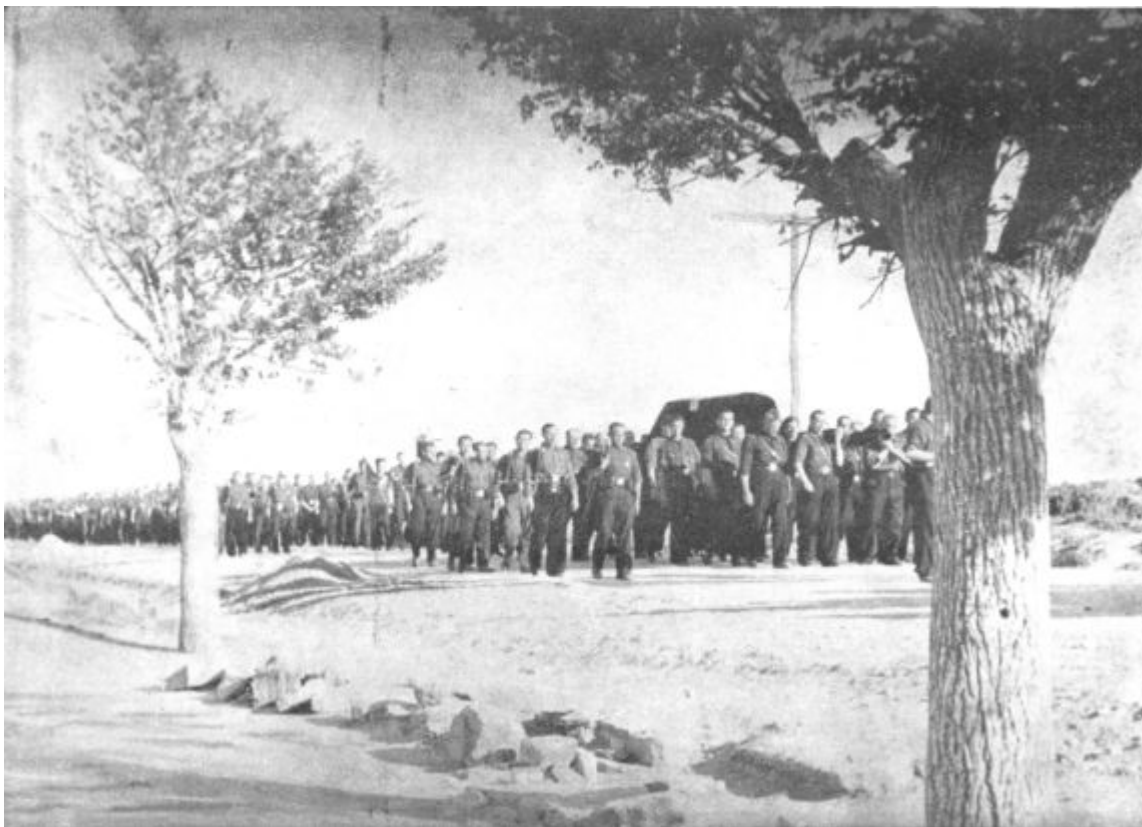


Ilustración 7. Llevando a José Antonio.



Ilustración 8. Llevando a José Antonio.

»Estaba más delgado. Los rojos que presenciaban la entrevista no perdían una sola de sus palabras y tenían reflejada en sus caras la admiración hacia aquel hombre que, a las mismas puertas de la muerte, tenía un espíritu tan fuerte y no perdía un momento su valor.

»Yo, que conservaba un crucifijo, se lo di y le dije: "Sólo con mirarlo tiene indulgencia plenaria para la hora de la muerte... te lo traigo por si acaso..."

»Lo cogió inmediatamente con verdadero gusto y lo enseñó a los que estaban allí: "Es sólo un crucifijo lo que me ha dado", por si pudieran creer que le di otra cosa.

»"Me alegro mucho porque no tenía" — me dijo —, y se lo guardó. Habrían pasado veinte minutos y entonces el Director, que estaba presente, nos indicó que debíamos salir.

»"¿ Volverán otra vez si la sentencia no se cumple inmediatamente, verdad, Director?"— le dijo José Antonio. El Director prometió que sí, aunque estaba seguro de que no volveríamos. Nos volvió a abrazar, y mientras él tomaba el camino de su celda, a nosotras nos arrancaban de aquel lugar, y desde lejos, con la cara vuelta, nos despedíamos hasta muy pronto...

»Al día siguiente, 20 de noviembre, a las siete menos veinte de la mañana, nosotras mismas oímos la descarga que ponía fin a su vida» (129).

Al llegar a la España Nacional (marzo de 1939) su hermano Miguel evocó patéticamente aquellas horas, desde que le separaron de José Antonio, a la madrugada del 18 de noviembre:

«José Antonio y yo creíamos que se nos llevaría a la celda número 10, donde habíamos permanecido hasta entonces. Pero no fue así.

»Yo solo fui conducido hasta ella. José Antonio fue llevado a otra. Esta separación me llenó de pesimismo. ¿Sería posible que ejecutaran inmediatamente la sentencia? Con esa pesadilla permanecí toda la madrugada. Ya el día 19, a la hora del paseo, me abrieron la puerta diciendo que podía salir al paseo del patio. No tenía, naturalmente, gana ni humor para salir al patio, embargado en los negros presentimientos de la suerte de mi hermano. Iba a renunciar a salir, para quedar entregado a mi dolor y a mis pensamientos, cuando se me ocurrió que tal vez en el patio, por referencia de los demás presos, pudiera saber algo de mi hermano.

»Marché al patio y allí tuve la enorme alegría y sorpresa de encontrarme a José Antonio. Nos abrazamos y charlamos largamente durante el espacio de la hora de nuestro paseo. Me dijo que había hecho testamento y me dio minuciosas y prolijas instrucciones. En su memoria estaban, no sólo los afectos familiares, sino todas las personas de su intimidad, y de modo singular la Falange.

»Era su preocupación. Tenía fe absoluta en el triunfo de nuestro ideal, y la única tristeza de aquellos momentos era para él no poder ayudar a los camaradas en el impulso final...

»Intenté infundirle esperanzas y me atajó diciendo: "Miguel, tú sabes que no. Además, lo que yo necesito es morir con dignidad. Ayúdame a ello."

»Cuando terminó la hora de paseo y tuvimos que volver a nuestras celdas, una angustia infinita se anudaba en mi garganta; pero tuve que dominarla para no dar sensación de flaqueza ante aquel hermano que aspiraba sólo ya a morir con dignidad.

«Transcurrió el día 19 y amaneció el siguiente. A las seis de la mañana un miliciano que estaba de centinela en la puerta de mi celda me dijo: "Tu hermano desea verte antes de morir. Puedes ir a su celda."

»Me abrieron la puerta y, vigilado por dos hombres, fui hasta José Antonio. Se hallaba en una celda baja, oscura, húmeda y fría. Era una verdadera mazmorra, en la que permanecía de pie. No había en la estancia ni sillas, ni mesas, ni cama. Toda la noche la había pasado allí.

»José Antonio se paseaba tranquilamente, con aire sereno, las manos cruzadas a la espalda. Obedeciendo a una orden del jefe de la Prisión, solamente tenía puestos el pantalón y la camiseta. Sobre ellos, un abrigo. Al trasponer yo la puerta eran las siete en punto. Uno de los carceleros me dijo bestialmente: "Aligerar; tenéis quince minutos para, la entrevista."

»José Antonio, al verme entrar, me dijo rápidamente en inglés, para que no le entendieran: "Miguel, ayúdame a bien morir, a morir con dignidad, a morir como dispone la Iglesia..."

»Mi hermano quería que no nos ganara la emoción y que no ofreciéramos a aquellos hombres que tanto nos odiaban el espectáculo de una debilidad. Empleamos los quince minutos en cumplir el último deseo de mi hermano, que quiso morir cristianamente. Jamás olvidaré aquellos instantes ni olvidaré tampoco el ejemplo de resignación con que mi hermano ennoblecía nuestro apellido...

»Tuvimos que separarnos. En la puerta de la celda, pasos siniestros y ruido de fusiles recordaban los terribles preparativos.

Nos dimos un abrazo que hubiéramos querido hacer eterno. ¡ El último abrazo! Y me dijo serenamente:

»—"Miguel, ¡ Arriba España!..."

»Fui llevado a mi celda. Desde la escalera oía la voz de mi hermano, a quien sacaban de la suya para llevarle al patio de la Prisión. Iba gritando el ¡ Arriba España! Luego supe por qué.

»—¿Por qué?

»—Con mi hermano se condujo al patio, para fusilarlos también, a otros cuatro camaradas: dos requetés y dos falangistas. Mi hermano quiso infundirles aliento.

»Supe luego hubo dos pelotones: uno encargado de la ejecución de los cuatro camaradas, y otro, de la de mi hermano. Uno de los milicianos que formaba el cuadro de asesinos de José Antonio, cuando éste se hallaba ya junto al muro del patio, dispuesto a recibir la descarga, se fijó en el abrigo de mi hermano. "¡Qué buen abrigo llevas!", le dijo. José Antonio, con naturalidad, le respondió : "Te lo doy ahora mismo." "No, no, cuando caigas."

»Sonrió José Antonio, se quitó el abrigo y se lo entregó en el acto.

»En el patio estaban los que habían de morir con él.

«Apuntaron los fusileros y se confundieron los ecos de los disparos y la voz recia del Jefe de la Falange que lanzaba su último ¡Arriba!... No habían transcurrido cinco minutos desde que yo dejé a mi hermano, y apenas acababa de trasponer la puerta de mi celda, escuché la descarga que cortaba su vida...» (130).

VI. La última orden.

Y agrega el autor del anterior reportaje, este relato de un testigo presencial:

«Yo fui quien se encargó del mando del pelotón. Estuve toda la noche en la cárcel. Lo veía a través de la reja de la celda. Paseaba. Quedaba abstraído unos momentos. Nadie se atrevió a molestarle. Su valor imponía respeto a todos. De vez en cuando paseaba con andar firme y seguro... Cuando se le avisó que había llegado el momento no se notó ningún cambio en su cara. Pasó a la celda de su hermano, con el que se besó y abrazó. Cambiaron muy pocas palabras. Esta entrevista le afectó un instante; pero se rehízo en el acto. Andaba con una gallardía que no se puede describir.

-»Cuando llegamos al lugar donde esperaba formado el piquete, se adelantó unos pasos hacia la tapia del fondo. No hablaba nadie. Primo de Rivera se quitó el gabán. Desabrochó su camisa para sacar del pecho algo que no distinguí y que besó con profunda unción. Me miró y dijo: "¡ Cuando quiera... !" Antes de que yo pudiera dar al piquete la orden de disparar, José Antonio gritó como no he oído gritar jamás: "¡ Arriba España!" Los dedos se agarrotaban en los gatillos de los fusiles. Los del piquete no podían disparar... Fue un momento. Después... la descarga.»

(«Andaba — *hacia la muerte* — con una gallardía que no se puede describir.»)

«Son los españoles gente pródiga del alma y que fácilmente se llega a la muerte», dijo Silio Itálico en «Las Púnicas», ¡ y ya ha llovido desde entonces! Nunca les falta corazón para ese trance, para dormir el sueño férreo de la muerte.)

EPÍLOGO

Llevando a José Antonio

Nunca pensé llevarle así, pues, como buen soldado suyo, creí y soñé caer antes, ante sus ojos, si — como era demasiado lógico — venían las cosas adversas; pero, como siempre, el hombre propone y Dios falla el pleito.

Por eso, con los «Amigos de José Antonio», eché a hombros la dulce y dolorosa carga. En silencio, con paso procesional, por las calles estrechas, estremecidas del tiritón del alba, llenas — ficticia sombra — por la riada de uniformes negros. Lento, lento todo, para tardar cuanto más en dejarle, en dejarle a otros camaradas que aguardaban con ansia silenciosa.

No sentía; avanzaba, avanzaba con ese impulso raro que a veces nos guía sin saber por qué, Dios sabe adonde, hacia los arcanos. Triste y alegre a la par, entrañada el alma en el cornijal de los misterios que todos tenemos dentro, pensaba, quizá sólo sentía, los tres años trágicos y enormes que nos han legado en ardiente crisol su muerte, su glorificación y la España rediviva.

Como entonces el sol le doraba, el sol de amanecer; como entonces, San Martín tendía sobre el héroe el manto rubro de su veranillo; pero entonces Él estaba en pie, erguido frente al plomo arrancado a los veneros de su Patria, y ahora...

¡ Uno, dos...! ¡ Uno, dos...! Mecánicamente, atentos a la pisada, le llevábamos, meciéndole como en una cuna; y a rígidos intervalos, clamaban su nombre, y seguía el alarido de los ¡presente!, y mal humor de cañones y tartamudeo de ametralladoras.

—¡ No le despertéis; no le despertéis!

Tenía frío; tras una jornada victoriosa, le rindió al fin el sueño; no había cama y tendióse en una parihuela; no había manta, y le arropamos con una bandera y, como había que avanzar, que avanzar siempre, le llevamos, dormido, entre los camaradas, hacia adelante, hacia el destino.

CORONAS

I. Caídos.

Con el fluir del tiempo, los seres y las cosas pierden su acusado perfil, a veces bronco, a veces apacible, y van como sumergiéndose en un halo dorado crepuscular, en un mundo irreal y, sin embargo permanente, definitivo : la historia, la historia grande, la historia menuda.

Pierden los hombres la sustancia corpórea, piérdense también la mayoría de sus hechos y dichos; la muerte acaba con todo, sueños, alegrías, desengaños, dolores; queda, cuando queda, una lápida, bien pronto olvidada; se es simplemente un muerto.

Pero hubo una época — ¡tan próxima y lejana a la vez! — en que sólo había historia grande, victoriosa, donde el sol de la gloria envolvía a los muertos — para siempre — en una bandera esplendorosa; donde la muerte era sólo un cambio de unidad, de bandera; de la Falange militante, bregando acá en la tierra contra encantadores y malandrines, a la Falange triunfante, que monta guardia eterna en los luceros rodeando a su Capitán.

Sí, tiempo duro y hermoso aquél, como mañana soleada de invierno en altas cumbres batidas por un viento frío. No era para todos, por eso no estaban con nosotros. Vinieron después, cuando el sol doró el agosto, cuando ya había una ancha y segura calzada que unía el pasado y el porvenir de la Patria, hecha con huesos de Caídos, de nuestros Caídos.

II. Banderas y corazones.

Allí estaba, bajo un magnífico cielo otoñal turquesa desvaído, el eslabón azul de ciento cincuenta mil corazones, rodeando un entrelargo prado verde en cuyas márgenes sonaban las dulzainas, y chistus y gaitas daban sus aires norteños, y en el centro — de banda a banda — dos filas de banderas trazaban un camino de gloria.

Las hacía vibrar un dulce viento, erguidas por brazos veteranos o juveniles. Eran las viejas, las duras banderas desangradas, marchitas por soles, por lluvias y por nieves, que llevaban los nombres de los antiguos reinos españoles, viejas banderas que sabían mucho de balas, de vidas rotas en su torno, de últimas, sublimes miradas. Y eran también los nuevos guiones, las banderas de una juventud que vivió la guerra — lograda ya la paz — en los relatos encendidos de padres y hermanos mayores. Guiones con nombres de historia de España, y de caídos en nuestra Cruzada, héroes casi adolescentes los más, como ahora ellos.

Los fundadores, mirábamos con pasmo aquellas olas de camisetas azules, agitadas de fervor. Nos parecían los actos de la primera hora, pero agigantados inconcebiblemente.

Todo era lo mismo, menos nosotros: faltaban muchos y entre los aún en pie, la vida no había repartido demasiadas sonrisas. Pocos, envejecidos, con muchas tristezas en ese célebre almario donde los españoles las guardan sin decir ni pío.

Pero aún quedaban los corazones — corazones rotos muchas veces —, aunque hubiesen pasado veinte años.

III. El tenaz recuerdo.

*Pasa el tiempo, los días sucesivos
cenicientas oleadas son de niebla
que quieren alejarle de nosotros...*

*Pero es inútil, queda su palabra,
su palabra moviendo los cerebros
o los curtidos, viejos corazones.*

*No murió; le sentimos vigilante
en los peligros y malaventuras;
se cruza con nosotros por las calles
y le vemos tendido en las montañas
— piedras, encinas y cielos inmensos —.*

*Nada, es inútil, no murió... ¿qué importan
razonamientos de vuelo ratero?
Vive, está con nosotros, cada día
mira el radiante amanecer de España.*

ÍNDICE CRONOLÓGICO

1903. — Nace en Madrid el 24 de abril..

1917. — Termina el bachillerato.

1917/23. — Estudia por libre Derecho, en la Universidad Central.

1923/4. — Hace el servicio militar (voluntario de un año) en el Regimiento de Dragones de Santiago (Barcelona) y después en el de Húsares de la Princesa (Madrid). Ascendió hasta oficial de Complemento.

1925. — Comienza a ejercer la abogacía.

1930

12 de febrero. — Publicó en «La Nación» el artículo «El heroico silencio».

17 de febrero. — Pronunció una conferencia en el Ateneo de *Albacete* bajo el título «¿Qué es lo justo?».

24 de febrero. — Publicó en «La Nación» el artículo «La notoriedad».

26 de febrero. — Publicó en «La Nación» el artículo « El señor Asúa no quiere contaminarse».

13 de marzo. — «La Nación» publicó unos comentarios de José Antonio.

16 de marzo. — Muere don Miguel Primo de Rivera. 1 de julio. — «Diario de Jerez» publicó unos comentarios de José Antonio. 3 de julio. — Pronunció una conferencia en Cádiz. 24 de julio. — «El Pueblo Manchego» publicó unos comentarios de José Antonio.

29 de julio. — Publicó en «La Nación» el artículo «Acerca de los intelectuales».

3 de agosto. — Habló en *Barcelona*.

30 de agosto. — Habló en *El Ferrol* y en Santa Marta de Ortigueira.

31 de agosto. — Habló en *La Coruña*.

4 de septiembre. — Habló en *Carballino* y *Ribadavia* (ambas de Orense).

5 de septiembre. — Habló en *Orense*.

6 de septiembre. — Habló en *Lugo*. 5 de octubre. — Habló en *Bilbao*.

10 de octubre. — Publicó en «La Nación» el artículo «La correspondencia y una semicorrespondencia ».

15 de diciembre. — Publicó en la Revista «Unión Monárquica» el artículo «España : la lanzadera duerme en el telar».

20 de diciembre. — Publicó en «La Nación» el artículo «El milagro de la Guardia Civil».



Ilustración 9. Patio de la Prisión Provincial de Alicante donde fué fusilado José Antonio.



Ilustración 10. Tumba de José Antonio en El Escorial

1931

- 1 de enero. — «La Nación» publicó un augurio de José Antonio.
- 16 de enero. — Pronunció una conferencia en *Madrid*.
- 16 de marzo. — Publicó en «AB C» el artículo «La hora de los enanos».
- 28 de marzo. — Publicó en «La Nación» el artículo «Notas a una Nota».
- 1 de abril. — Publicó en «La Nación» el artículo «Discusión que concluye».
- 12 de junio. — Publicó en «La Nación» el artículo «Lo jurídico. El destino de la República».
- 20 de septiembre. — Publicó el manifiesto electoral «Por una sagrada memoria. ¡ Hay que oír a los acusados !»
- 22 de septiembre. — «La Nación» publicó unas declaraciones de José Antonio.
- 30 de septiembre. — «La Nación» publicó unos comentarios de José Antonio.
- 3 de octubre. — Publicó en «La Nación» el suelto «Aclaración».
- 10 de octubre. — Publicó en «La Nación» el suelto «Después de las elecciones».
- 12 de noviembre. — Publicó en «La Nación» el artículo «Mi primer drama policíaco» y una Nota.
- 17 de noviembre. — Publicó en «La Nación» el artículo «Las ventajas de ser pistolero».
- 8 de diciembre. — Escribió el prólogo «Los intelectuales y la Dictadura» al libro «La Dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero».

1932

- 28 de febrero. — Pronunció en *Jerez* una conferencia bajo el título «Otra vez hacia la verdad».
- 2 de abril. — Informó ante el Tribunal Supremo en defensa de los Ministros de la Dictadura.
- 4 de abril. — Informó ante el Tribunal Supremo en defensa de los Ministros de la Dictadura.
- 1 de junio. — Habló en el Congreso Nacional de Abogados.
- 2 de junio. — Habló en el Congreso Nacional de Abogados.
- 11 de agosto. — Fue detenido en *Irún* y conducido a la cárcel de Madrid.
- 26 de noviembre. — Informó ante el Tribunal de Responsabilidades Políticas en defensa de don Galo Ponte.
- 4 de diciembre. — La revista «Ellas» publicó unos comentarios de José Antonio.

1933

- 22 de marzo. — Publicó en «ABC» «Carta a Juan Ignacio Luca de Tena».
- 23 de marzo. — Publicó en «ABC» «Carta a Juan Ignacio Luca de Tena».
- 20 de agosto. — Habló en Torrelavega (Santander).
- 25 de agosto. — «La Noticia», de San Sebastián, publicó unos comentarios de José Antonio.

29 de octubre. — *Habló en Madrid*. 3 de noviembre. — *Habló en Villamartín y en El Puerto de Santa María* (ambos de la provincia de Cádiz).

8 de noviembre. — *Habló en Sanlúcar de Barrameda* (Cádiz).

9 de noviembre. — *Habló en Villamartín* (Cádiz).

10 de noviembre. — *Habló en Sanlúcar de Barrameda* (Cádiz).

11 de noviembre. — *Habló en Benaocaz* (Cádiz).

12 de noviembre. — *Habló en Cádiz y en San Fernando* (Cádiz).

13 de noviembre. — *Habló en Conil* (Cádiz).

14 de noviembre. — *Habló en Olvera y en Algodonales* (ambos de la provincia de Cádiz).

15 de noviembre. — *Habló en Ubrique* (Cádiz).

16 de noviembre. — *Habló en Rota y en El Puerto de Santa María*.

17 de noviembre. — *Habló en Arcos, en Jerez de la Frontera y en Puerto Real*.

20 de noviembre. — *Publicó en «La Información», de Cádiz, el suelto «Agradecimiento».*

7 de diciembre. — *Publicó en el 1.º número de «F.E.» «Puntos Iniciales» y «¿Euzkadi libre?»*

19 de noviembre. — *Habló en el Parlamento.*

20 de diciembre. — *Habló en el Parlamento.*

1934

4 de enero. — *Habló en el Parlamento*. 11 de enero. — *Publicó en el 2.º número de «F.E.» «La Gaita y la Lira», «A los obreros», «Cómo hizo F.E. su primera salida», «Expectación» y «F.E. suspendido». En la Puerta del Sol vendió nuestro semanario contra la oposición activa de elementos rojos.*

17 de enero. — *«La Nación» publicó unos comentarios de José Antonio.*

18 de enero. — *Publicó en el 3.º número de «F.E.» «Supervivencia», «El Señor Sánchez Román quiere inventar la clase media», «Guiones», «Crítica bibliográfica...», «El gobernador de Sevilla» y «La salida de nuestro segundo número».*

25 de enero. — *Publicó en el 4.º número de «F.E.» «Señorismo», «Necrología» y «El tercer número de F.E. denunciado».*

1 de febrero. — *Habló en el Parlamento.*

Publicó en el 5.º número de «F.E.» «La muerte es un acto de servicio», «Marina» y «El cuarto número de F.E. denunciado».

4 de febrero. — *Habló en Cáceres.*

8 de febrero. — *Publicó en el 6.º número de «F.E.» «Vamos tirando».*

10 de febrero. — *Dijo el «Presente» en el entierro de Matías Montero.*

14 de febrero — *Publicó en la Prensa una nota titulada «La violencia».*

16 de febrero. — *Publicó en la Prensa una nota titulada «Unificación. «Ahora» y «La Nación» publicaron sendos comentarios de José Antonio.*

20 de febrero. — *Habló en el Parlamento (Madrid).*

22 de febrero. — *Publicó en el 7.º número de «F.E.», «F.E. y J.O.N.S.», «¡Alarma!» y «Alas de España».*

- 25 de febrero. — Habló en *Carpíó de Tajo* (Toledo).
- 28 de febrero. — Habló en el Parlamento (Madrid).
- 1 de marzo. — Publicó en el 8.º número de «F.E.» «La Guardia de Europa».
- 4 de marzo. — Habló en *Valladolid*.
- 10 de marzo. — Dijo el «Presente» en el entierro de Ángel Montesinos (Madrid).
- 8 de abril. — Habló en *Bilbao*.
- 10 de abril. — Fue tiroteado por elementos rojos de acción (Madrid).
- 11 de abril. — «ABC» publicó unos comentarios de José Antonio.
- 12 de abril. — Publicó en el 10 número de «F.E.» «Interruptores» y «La República de orden».
- 19 de abril. — Publicó en el 11 número de «F.E.» «Carta a un estudiante...»
- 22 de abril. — Habló en *Puebla Almuradiel* (Toledo).
- 23 de abril. — Publicó en «La Nación» «Una aclaración de Falange Española».
- 26 de abril. — Publicó en el 12 número de «F.E.» «F.E. de las J.O.N.S. a España» y «Veteranía».
- 27 de abril. — Publicó en «La Nación» una aclaración.
- 28 de abril. — Publicó en «La Nación» el artículo «Revolución».
- 20 de mayo. — Habló en *Burriana* (Castellón de la Plana).
- 14 de junio. — Habló en el Parlamento (Madrid).
- 15 de junio. — Publicó en «La Nación» «Manifiesto de F.E. de las J.O.N.S.».
- 26 de junio. — Publicó en «La Nación» una aclaración.
- 27 de junio. — La Comisión de Suplicatorios emitió dictamen proponiendo a la Cámara que concediera la autorización para proceder contra José Antonio.
- 3 de julio. — Habló en el Parlamento. La Cámara aprobó la concesión para proceder contra José Antonio.
- 12 de julio. — Publicó en el 14 número de «F.E.» «Gamas de la persecución» y «El Centro de Sevilla».
- 19 de julio. — Publicó en el 15 número de «F.E.» «España es irrevocable».
- 22 de julio. — Habló en *Callosa del Segura*.
- 14 de agosto. — Habló en *Santander*.
- 15 de agosto. — Habló en *Pamplona*.
- 18 de agosto. — «Estampa», de Madrid, publicó un comentario de José Antonio.
- 27 de agosto. — Publicó en «Libertad», de Valladolid, «De frente a un nuevo año».
- 28 de agosto. — «El Pueblo Vasco», de San Sebastián, publicó un comentario de José Antonio.
- 24 de septiembre. — Envío una carta al general Franco.
- 5 de octubre. — Fue elegido Jefe único del Movimiento.
- 7 de octubre. — Encabezó una manifestación para exaltar la unidad de España.
- 9 de octubre. — Habló en el Parlamento.
- 11 de octubre. — Publicó en «La Nación» «Un llamamiento apremiante...»
- 22 de octubre. — Publicó en «Libertad» «Una ocasión de España».

27 de octubre. — Estuvo en *Oviedo*.

28 de octubre. — «ABC» publicó unos comentarios de José Antonio.

6 de noviembre.—Habló en el Parlamento.

9 de noviembre.—Habló en el Parlamento.

11 de noviembre. — «Blanco y Negro» publicó unos comentarios de José Antonio.

13 de noviembre.—Habló en el Parlamento.

14 de noviembre.—Habló en el Parlamento.

15 de noviembre.—Habló en el Parlamento.

21 de noviembre. — Firmó instancia a la Mesa del Colegio de Abogados de Madrid protestando de la supuesta llegada de dos abogados extranjeros en calidad de «observadores» en ciertas diligencias sumariales.

30 de noviembre.—Habló en el Parlamento. Publicó en «A B C» la nota «Calvo Sotelo y la Falange». 1 de diciembre. — Publicó en la Prensa la nota «Sobre el Punto 25».

19 de diciembre. — Publicó en la Prensa la nota «Falange Española de las J.O.N.S. no es un Movimiento fascista».

1935

5 de enero. — Habló en *San Sebastián*.

9 de enero. — «El Pueblo Vasco» publicó unos comentarios de José Antonio.

25 de enero. — Habló en el Parlamento (Madrid).

27 de enero. — Visitó en *Daimiel* la tumba de nuestro Primer Caído: José Ruiz de la Hermosa.

10 de febrero. — Habló en *Salamanca*.

13 de febrero. — Habló en *San José del Valle*, *Arcos de la Frontera* y *Villamartín* (pueblos todos de la provincia de Cádiz).

17 de febrero. — Habló en *Zaragoza*»

24 de febrero. — Habló en *Toledo* y en *Madrid* (en el homenaje a Eugenio Montes).

3 de marzo. — Habló en *Válladolid*.

16 de marzo.—Habló en *Corrales* (Zamora).

17 de marzo. — Habló en *Villagarcía* (Pontevedra).

21 de marzo. — Habló en el Parlamento.

Publicó en el I.^{er} número de «Arriba» «España estancada», «Falange Española de las J.O.N.S. y las elecciones» y «Arte de identificar revolucionarios».

26 de marzo. — Publicó en «Haz» «España incómoda».

28 de marzo. — Habló en Madrid.

Publicó en el número 2.º de «Arriba» «El alijo», «Reportajes posibles», «La Contrarrevolución», «Los socialistas predicán otra vez la revolución social» y «...Y a los armadores».

4 de abril. — Publicó en el 3.er número de «Arriba» «Lo nacional y lo burgués», «7 de octubre» y «Cabaret».

7 de abril.— Habló en *Jaén*.

9 de abril. — Habló en *Madrid*.

11 de abril. — Habló en Madrid.

Publicó en el 4.º número de «Arriba» «¡¡Presente!!», «El nuevo Gobierno y el fracaso del orden constitucional» y «Ante la profanación de la tumba del capitán Galán».

18 de abril. — Publicó en el 5.º número de «Arriba» «1931-1935» y «Lección gritada».

25 de abril. — Publicó en el 6.º número de «Arriba» «El pacto de los cuatro» y «Asistencia».

28 de abril. — Habló en *Don Benito*.

2 de mayo. — Publicó en el 7.º número de «Arriba» «El barco».

3 de mayo. — Habló en *Barcelona*.

9 de mayo. — Publicó en el 8.º número de «Arriba» «El nuevo triunfo de la C.E.D.A.»

12 de mayo. — Habló en *Córdoba* y en *Fuentes Palmera* (Córdoba)

16 de mayo. — Publicó en el 9.º número de «Arriba» «La mediocridad estabilizada».

19 de mayo. — Habló en *Madrid*.

20 de mayo. — Publicó en «Libertad», de Valladolid, «El último número de «Libertad».

23 de mayo. — Publicó en el 10 número de «Arriba» «Una jornada memorable».

25 de mayo. — Habló en *Oviedo*.

30 de mayo. — Habló en *Mota de Cuervo* (Cuenca) y en *Campo de Criptana* (Ciudad Real).

Publicó en el 11 número de «Arriba» «Azaña».

6 de junio. — Publicó en el 12 número de «Arriba» «Traidores».

13 de junio. — Publicó en el 13 número de «Arriba» «El sistema anémico».

16 de junio. — Presidió en *Gredos* una reunión de la Junta Política.

24 de junio. — Publicó en el 14 número de «Arriba» «Apatía y esterilidad».

27 de junio. — Publicó en el 15 número de «Arriba» «Nupcias estériles».

4 de julio. — Publicó en el 16 número de «Arriba» «Muchedumbre» y «El divorcio».

5 de julio. — «La Vanguardia», de Barcelona, publicó unos comentarios de José Antonio.

15 de julio. — Publicó en «Haz» «Sentido heroico de la Milicia».

17 de julio. — Publicó en «Haz» «Mientras España duerme la siesta».

21 de julio. — Habló en *Málaga*.

23 de julio. — Habló en el Parlamento (Madrid).

24 de julio. — Habló en el Parlamento.

25 de julio. — Habló en *Madrilejos* (Toledo) y en *Puertollano* (Ciudad Real).

31 de julio. — Publicó en «A B C» «El bolchevismo».

2 de octubre. — Habló en el Parlamento.

12 de octubre. — Publicó en «Haz» «Acerca de la Revolución».

28 de octubre. — Habló en el Parlamento (Madrid).

31 de octubre. — Publicó en el 17 número de «Arriba» «Azaña. La revolución ocasión de un César», «El estraperlo» y «Por nuestro diario».

7 de noviembre. — Publicó en el 18 número de «Arriba» «Labradores» y «Juventudes a la

intemperie».

8 de noviembre.—Habló en el Parlamento. 11 de noviembre. — Habló en Madrid (S.E.U.).

15 de noviembre. — Preside la apertura del II Consejo Nacional.

17 de noviembre. — Habló en Madrid (Clausura pública del II Consejo).

21 de noviembre. — Publicó en el 20 número de «Arriba» «Obreros españoles».

28 de noviembre. — Publicó en el 21 número de «Arriba» «En vísperas del baile de máscaras».

4 de diciembre.—Habló en el Parlamento.

5 de diciembre. — Publicó en el 22 número de «Arriba» «Industriales, comerciantes...», «El frente nacional» «Prudencia» y «Entre caballeros».

7 de diciembre. — Publicó en «Haz» «Homenaje y reproche...». Habló en el Parlamento.

12 de diciembre. — Publicó en el 23 número de «Arriba» «La Victoria sin alas».

19 de diciembre. — Publicó en el 24 número de «Arriba» «El Jefe que se equivocó». Publicó en «La Época» «Falange Española de las J.O.N.S. y el Frente Nacional».

20 de diciembre. — Habló en Madrid (Consejo del S.E.U.).

22 de diciembre. — Habló en *Sevilla*,

25 de diciembre. — «Blanco y Negro» publica unos comentarios de José Antonio.

26 de diciembre. — Publicó en el 25 número de «Arriba» «España al azar» y «Los partidos se preparan para el sorteo».

29 de diciembre. — Habló en *Quintanar del Rey* (Cuenca).

1936

1 de enero. — Habló en *Jerez*.

2 de enero. — Publicó en el 26 número de «Arriba» «Ante las sombras de 1936».

5 de enero. — Habló en *Alcañiz* (Teruel).

9 de enero. — Publicó en el 27 número de «Arriba» «En estos momentos..» y «Ha fenecido el 2.º Bienio».

11 de enero. — Habló en *Avila*.

12 de enero. — Habló en *Válladolid*.

19 de enero. — Habló en *Cáceres*.

23 de enero. — Publicó en el 29 número de «Arriba» «Aún no se sabe...».

25 de enero. — Habló en *Santander*.

26 de enero. — Habló en *Zaragoza*.

28 de enero. — Habló en *Oviedo*.

30 de enero. — Publicó en el 30 número de «Arriba» «La situación política».

1 de febrero. — Habló en *Linares* (Jaén).

2 de febrero. — Habló en *Madrid*.

8 de febrero. — Habló en *Sanlúcar de Barrameda* y *Chipiona* (ambas de la provincia de Cádiz).

- 11 de febrero. — Habló en *Arroyo de la Luz* y en *Cáceres*.
- 12 de febrero. — Habló en *Garrovillas* y en *Brozas*.
- 13 de febrero. — Habló en *Logrosan*, *Trujillo*, *Jaraíz de la Vera* y *Plasencia*.
- 14 de febrero. — Habló en *Gijón*.
- «La Voz», de Madrid, publicó unos comentarios de José Antonio.
- 15 de febrero. — Habló en *Medina del Campo*.
- 23 de febrero. — Publicó en el 33 número de «Arriba» «Aquí está Azaña».
- 5 de marzo. — Publicó en el 34 número de «Arriba» «Cataluña y el 6 de Octubre» y «Por mal camino».
- 14 de marzo. — Madrid. Fue detenido y encarcelado. Lanzó desde los sótanos de la Dirección General de Seguridad un manifiesto a todos los españoles.
- 30 de abril. — Defendió a la Falange ante los Tribunales de Justicia.
- 4 de marzo. — Desde la cárcel envió «Carta a los militares españoles».
- 23 de mayo. — Publicó en «Aquí estamos», de Palma de Mallorca, «Prieto se acerca a la Falange».
- 5 de junio. — Es trasladado a la Prisión Provincial de Alicante.
- 24 de junio. — Desde la Prisión Provincial lanza la Circular «A todas las Jefaturas Territoriales y Provinciales».
- 29 de junio. — Desde la Prisión Provincial envía «A la Primera Línea de Madrid» y otra Circular a las Jefaturas Territoriales y Provinciales.
- 17 de julio. — Lanza un manifiesto a todos los españoles.
- 18 de noviembre. — Redactó su testamento.
- 20 de noviembre. — Murió en el patio de la Prisión Provincial.

ITINERARIO DE LOS ACTOS POLÍTICOS DE JOSÉ ANTONIO, POR LAS TIERRAS DE ESPAÑA



ABREVIATURAS Y NOTAS

Abreviaturas

O. C. «Obras Completas de José Antonio Primo de Rivera». Edición cronológica, recopilado por Agustín del Río Cisneros. Prólogo de Gabriel Arias-Salgado. Madrid, 1952.

T. I. «Textos Inéditos y Epistolario de José Antonio Primo de Rivera». Prólogo de José Luis de Arrese. Recopilación de Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1956.

D. M. «Dolor y memoria de España en el 2º aniversario de la muerte de José Antonio». Ediciones Jerarquía. Editora Nacional. Barcelona, 1939.

Notas

- (1) Jenofonte: «Anábasis», Lib. VII, cap. 7.
- (2) Calderón de la Barca: «Casa con dos puertas, mala es de guardar».
- (3) Discurso sobre la revolución española, Cine Madrid, 19-V-35. O. C., 559.
- (4) «El nuevo triunfo de la Ceda», «Arriba», 9-V-35, O. C., 543.
- (5) Discurso sobre la revolución española, Cine Madrid, 19-V-35. O. C., 559.
- (6) Discurso en el Teatro Cervantes, Málaga, 21-VII-35. O. C., 618/9.
- (7) Discurso en el Frontón Cinema, Zaragoza, 26-I-36. O. C., 849.
- (8) Discurso en el Cinema Europa, Madrid, 2-II-36. O. C., 868.
- (9) Discurso en el Teatro Liceo, Ávila, 11-I-36. O. C., 831.
- (10) «Mientras España duerme la siesta», «Haz», 19-VII-35. O. C., 614.
- (11) «Acerca de la revolución», «Haz», 12-X-35. O. C., 660.
- (12) «Azaña», «Arriba», 30-V-35. O. C., 582.
- (13) Discurso de clausura del Segundo Consejo Nacional de la Falange, Cine Madrid, 17-XI-35. O. C., 716.
- (14) «A los maestros españoles», XII-35. O. C., 809.
- (15) Discurso sobre la revolución española, Cine Madrid, 19-V-35. O. C., 555.
- (16) Id., id., id.
- (17) Discurso en el Parlamento, 8-XI-35. O. C., 692.
- (18) «La victoria sin alas», «Arriba», 12-XII-35. O. C., 96.
- (19) Id., id., id.
- (20) «Carta a un estudiante...», «F.E.», 19-IV-34. O. C., 217.
- (21) Discurso sobre la revolución española, Cine Madrid. 19-V-35. O. C., 566.
- (22) Calderón de la Barca: «La vida es sueño» (auto sacramental).
- (23) Id. «Efectos de odio y amor».
- (24) «La victoria sin alas», «Arriba», 12-XII-35. O. C., 97.
- (25) «¿Euzkadi libre?», «F.E.», 7-XII-33. O. C., 100.
- (26) Discurso en el Gran Teatro, Córdoba, 12-V-35. O. C., 545.
- (27) «Lección gritada», «Arriba», 18-IV-35. O. C., 526.

- (28) Discurso en Carpió del Tajo (Toledo), 25-11-34. O. C., 177.
- (29) Id., id., id., O. C., 177/8.
- (30) Conferencia en el Teatro Calderón, Valladolid, 3-III-35. O. C., 422.
- (31) «Sobre la Reforma agraria», discursos en el Parlamento, 23 y 24-VII-35. O. C., 628/38.
- (32) «El bolcheviquismo», «ABC», 31-VII-35.
- (33) Conferencia en el Círculo Mercantil de Madrid, 9-IV-35. O. C., 492.
- (34) Fernando González: «El hermafrodita dormido». Barcelona, 1933.
- (35) «Manifiesto a la Falange», 13-X-34. O. C., 306.
- (36) «Apatía y esterilidad», «Arriba», 24-VI-35. O. C., 597.
- (37) «España v la barbarie». Teatro Calderón, Vallado- lid, 5-III-35. O. C., 423.
- (38) Id., id., id.
- (39) Conferencia en el Círculo Mercantil, Madrid, 9-IV- 35. O. C., 491/3.
- (40) Discurso en el Teatro Pereda. O. C., 854/5.
- (41) Discurso en el Teatro Principal, Sanlúcar de Barra- meda. O. C., 876/7.
- (42) Conferencia en el, Círculo Mercantil, Madrid, 9-IV- 35. O. C., 501.
- (43) «Revolución», «La Nación», 28-IV-34. O. C., 231.
- (44) Discurso de la fundación de Falange Española, Teatro de la Comedia, Madrid, 29-X-34. O. C., 64/5.
- (45) Discurso, Cádiz, 12-XI-33. O. C., 75/6.
- (46) Discurso en el Teatro Calderón, Valladolid, 4-III-34. O. C., 189/90.
- (47) Discurso en el Teatro Bretón, Salamanca, 10-11-35. O. C., 409.
- (48) Discurso en Campo de Criptana (Ciudad Real), 30- V-35. O. C., 579.
- (49) Discurso en el Teatro Norba, Cáceres, 19-1-36. O. C., 843.
- (50) Discurso en el Teatro Cervantes, Málaga, 21-VII-35. O. C., 617.
- (51) Discurso en el Parlamento, 28-11-34. O. C., 179.
- (52) Discurso en el Teatro Calderón, Valladolid, 4-III-34.
- (53) (Portugal y España.) «Por cima de la variedad política que nos separa, hay civilización idéntica, unidad de misión y destino en ambas naciones, que constituyen una sola gente.» (Introducción de Juan Valera a las «Odas, epístolas y tragedias», de M. Me- néndez y Pelayo.) Madrid, 1883, pág. LVIII-IX.
- (54) «La Nación», 17-1-34. O. C., 124.
- (55) «La traición y la revolución», VIII, 35. O. C., 54.
- (56) Discurso de la Fundación de Falange Española, 29-X-33. O. C., 68.
- (57) Chesterton: «La hostería volante».
- (58) «El bolcheviquismo», «ABC», 31-VII-35. O. C., 640.
- (59) Gracián: «El Criticón».
- (60) Discurso en el Parlamento, 3-VII-34. O. C., 264/5.
- (61) «Oraciones Evangélicas de Adviento y Cuaresma», Madrid, 1636.
- (62) «Carta a los militares de España», 4-V-36. O. C., 923.

- (63) Conde de Mayalde: «Conferencia», 18-XI-38. D. M., 43.
- (64) Shakespeare: «Marco Antonio y Cleopatra».
- (65) Esquilo: «Las Coéforas».
- (66) Discurso de clausura del Segundo Consejo Nacional de la Falange, 17-XI-35. O. C., 710.
- (66a) Juan Rufo: «La Austríada», canto XXII.
- (67) Shakespeare: «Marco Antonio y Cleopatra».
- (68) «En estos momentos más que nunca, fe en el mando», «Arriba», 9-1-36. O. C., 826.
- (69) Discurso de la fundación de la Falange, 29-X-33. O. C., 69.
- (70) Carta a Sancho Dávila, 15-VIII-35. T. I., 463.
- (71) Carta a su tío Antón Sáenz de Heredia, Prisión de Alicante, 10?-VI-36. T. I., 501.
- (72) Carta a su tía Carmen Primo de Rivera, Cárcel Modelo, 9-V-36. T. I., 489.
- (73) Discurso en el Teatro Cervantes, Málaga, 27-VII-35. O. C., 622.
- (74) «Así se gobierna», «F.E.», 12-VII-34. O. C., 279.
- (75) Discurso de clausura del Segundo Consejo Nacional de la Falange, 17-XI-35. O. C., 718.
- (76) Discurso en el Gran Teatro, Córdoba, 12-V-35. O. C., 547.
- (77) Discurso en el Frontón Betis, Sevilla, 22-XII-35. O. C., 793.
- (78) Id., id., id. O. C., 793/4.
- (79) «El último número de Libertad», «Libertad», Valladolid, 20-V-35. O. C., 567.
- (80) Palabras en la apertura del Primer Consejo Nacional del S.E.U., II-IV-35. O. C., 5*8.
- (81) Shakespeare: «Enrique V».
- (82) Discurso en el Teatro Cervantes, Málaga, 21-VII-35. O. C., 621.
- (83) Id., id. id.
- (84) Id., id., id.
- (85) «Juventudes a la intemperie», «Arriba», 7-XI-35. O. C., 688.
- (86) Discurso de clausura del Segundo Consejo Nacional de la Falange, 17-XI-35. O. C., 708/9.
- (87) Fray Diego Murillo: «Escala espiritual».
- (88) San Pablo: Efesios, IV-5.
- (89) Vista de la causa contra los directivos de la Falange Española, «La Gaceta del Norte», Bilbao, 31-V-36. O. C., 917.
- (90) Id., id., id.
- (91) Palabras de José Antonio a los jóvenes camaradas, ¿23-XII-34? T. I., 253.
- (92) Palabras de José Antonio, en el local de Falange, Marqués de Riscal, 21-X-34, antes de salir para Oviedo. T. I., 245.
- (93) José Félix de Lequerica: «Aportación decisiva del creador de la Falange», 19-XI-38. D. M., 131.
- (94) Conde de Mayalde: «Conferencia», 18-XI-38. D. M., 43.
- (95) «Una jornada memorable», «Arriba», 23-V-35. O. C., 573.
- (96) Gracián: «Oráculo Manual».
- (97) Francisco Bravo: «Con José Antonio sobre César», «La Gaceta Regional», Salamanca, 20-XI-38. D. M., 237.

- (98) José Félix de Lequerica: «Aportación decisiva del creador de la Falange», 19-XI-38. D. M., 133.
- (99) «España y la barbarie», en el Teatro Calderón, Va- Uadolid, 3-III-35. O. C., 418.
- (100) Agustín de Foxá: «José Antonio: el amigo». D. M., 219.
- (101) Discurso pronunciado en el Parlamento, 2-X-35. O. C., 648.
- (102) Palabras pronunciadas en la clausura del Segundo Consejo Nacional del S.E.U. el 26-XII-35. O. C., 797.
- (103) «Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset», «Haz», 5-XII-35. O. C., 745.
- (103a) Punto 20 de Falange, XI-34. O. C., 339.
- (104) «España, estancada», «Arriba», 21-III-35. O. C., 430.
- (105) «El sistema anémico», «Arriba», 13-VI-35. O. C., 592/3.
- (106) Rafael Galcerán: «Perfiles de José Antonio», D. M.,
- (107) Agustín de Foxá: «Conferencia», 16-XI-38. D. M., 37.
- (108) «Mientras España duerme la siesta», «Haz», 19-VII-35. O. C., 615.
- (109) Rafael Galcerán: «Perfiles de José Antonio». D. M.,
- (109a) Esquilo: «Agamenón».
- (110) Id.: «Prometeo encadenado».
- (111) José Antonio: «Testamento». O. C., 948.
- (112) Id., id., id.
- (113) Id., id., id.
- (114) Juan de Valencia: «La justicia roja trama y consume la condena de José Antonio a la última pena», «Amanecer», 20-XI-33. D. M. 299.
- (115) Fray Cristóbal de Avendaño: «Sobre los Evangelios de Cuaresma».
- (116) José Antonio: «Testamento». O. C.(947.
- (117) Sor Teresa de Jesús María: «Comentarios sobre algunos pasajes de la Sagrada Escritura».
- (118) José Antonio: «Testamento». O. C., 947/8.
- (119) «La traición y la revolución», VIII-35. O. C., 643.
- (120) Id., id., O. C., 643.
- (121) Raimundo Fernández Cuesta: «Discurso», 20-XI-38. D. M., 60.
- (122) José Antonio: «Testamento». O. C., 949/50.
- (123) Carta a Rafael Sánchez Mazas. Prisión Provincial de Alicante, 19-XI-36. T. I., 517/8.
- (124) Cervantes: «La Numancia».
- (125) Carta a Julio Ruiz de Alda. Prisión Provincial de Alicante, 19-XI-36. T. I., 520.
- (126) Fray Cristóbal de Avendaño: «Sobre los Evangelios de Cuaresma».
- (127) Carta a su tía Carmen Primo de Rivera. Prisión de Alicante, 19-XI-36. T. I., 524.
- (128) Shakespeare: «Julio César».
- (129) Carmen Primo de Rivera: «Alicante», «Y», XI-38. D. M., 221/3.
- (130) Alfredo R. Antigüedad: «José Antonio en la cárcel de Alicante». Un gran reportaje con Miguel Primo de Rivera: (Imprenta Ernesto Giménez, S. A. Madrid.)

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

ILUSTRACIÓN 1. 1928.....	13
ILUSTRACIÓN 2. JOSÉ ANTONIO CON SUS HERMANAS PILAR Y CARMEN.....	14
ILUSTRACIÓN 3. 1934.....	27
ILUSTRACIÓN 4. PRISIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE. LA X SEÑALA LA CELDA NÚMERO 10 QUE OCUPARON JOSÉ ANTONIO Y SU HERMANO MIGUEL.	28
ILUSTRACIÓN 5. 1936.....	36
ILUSTRACIÓN 6. JOSÉ ANTONIO CON SU SOBRINO EN BRAZOS.	37
ILUSTRACIÓN 7. LLEVANDO A JOSÉ ANTONIO.....	46
ILUSTRACIÓN 8. LLEVANDO A JOSÉ ANTONIO.....	46
ILUSTRACIÓN 9. PATIO DE LA PRISIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE DONDE FUÉ FUSILADO JOSÉ ANTONIO.	53
ILUSTRACIÓN 10. TUMBA DE JOSÉ ANTONIO EN EL ESCORIAL	53

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Gráficas Ampurias en el año 1958.